



Casa abierta al tiempo

Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa

División de Ciencias Sociales y Humanidades

Departamento de Sociología

**La dimensión socio-espacial de las identidades urbanas.
Aproximación cualitativa desde una etnografía visual**

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
LICENCIADO EN SOCIOLOGÍA
P R E S E N T A :
R A Ú L R O M E R O R U Í Z

Dr. Ángel F. Nebbia Diesing
Tutor de tesis

Ciudad de México
Diciembre 2006

"El lenguaje del imaginario es múltiple.
Circula por todas partes en nuestras ciudades.
Habla a la muchedumbre y ella le habla.
Es el nuestro, el aire artificial que respiramos,
el elemento urbano en el cual tenemos que pensar".
Michel de Certeau

Índice

Introducción	5	
Capítulo 1	9	1.1 Delimitación y contexto del concepto espacio
El concepto del espacio	12	1.2 La visión naturalista del espacio
	14	1.3 La visión del espacio absoluto-relativo
	16	1.4 Percepción del espacio
	17	1.5 La visión del espacio vivido-concebido, apropiado
	20	1.6 El Sentido de lugar
	22	1.7 La visión del espacio material producido
		1.8 El concepto del espacio en la vida urbana

Capitulo 2	28	2.1 La construcción social de la identidad
De la Identidad Social a la Identidad espacial	31	2.2 Categorización en el contexto social-urbano
	33	2.3 Identidad y sentido de pertenencia
	35	2.4 Multiplicidad de identidades
Capitulo 3	41	3.1 Vivir y apropiarse del espacio
Identidad Urbana Socio-espacial	44	3.2 La territorialización del espacio en la identidad.
	51	3.3 Identidad y espacio habitado
Capitulo 4	61	4.1 Desde la mirada etnográfica
Procedimientos metodológicos	64	4.2 configuración del discurso etnográfico
Interpretación cualitativa	68	4.3 Delimitando la etnografía visual
	74	4.4 La fotografía como acto denso
A manera de conclusión	76	
Bibliografía	83	
Anexos	87	Esquema operacional Diagrama de movimientos Análisis Visual
		• La urbe socio-espacial

*El sentido de lugar ni remite al individuo como caso único ni a la sociedad como totalidad.
...es singular...compartido por diversos individuos, nunca extensivo a toda una sociedad.*

Alicia Lindón

Introducción

La posibilidad de analizar las identidades urbanas desde su dimensión espacial, es en este trabajo el principal reto. La manera de abordar el concepto del espacio se ha encontrado fuertemente segmentado en diferentes disciplinas sociales. En otras palabras, aquello que ha separado los acercamientos al espacio, derivado de un compromiso rígido con las tradiciones disciplinares, podría ser empleado ahora para partir de problemas y temas comunes que puedan ser reflexionados de manera complementaria desde estas mismas tradiciones y producir aproximaciones más complejas, en este caso el entendimiento de la identidad en su territorialidad urbana, es decir, la deconstrucción de su dimensión socio-espacial. Se trata pues de una propuesta

de investigación con un espíritu transdisciplinario que al menos busca apoyarse en los constructos teórico-conceptuales emanados de una antropología simbólica, etnográfica; psicología social, geografía humana, sociología urbana, de la vida cotidiana, de la identidad; entre otras, que permitan delimitar la forma de entender la relación identidad-espacio.

En este sentido los apartados de este trabajo intentan un diálogo con múltiples disciplinas sociales que abordan el tema. La confluencia de fuentes con base espacial y simbólica de múltiples procesos sociales es relevante para conformar distintas vías de aproximación teóricas y metodológicas a la conformación del objeto de estudio en este trabajo: la identidad socio-espacial.

Este proyecto de investigación se orienta a estudiar las diferentes figuras que adopta la territorialidad principalmente de la ciudad, en la conformación de sus representaciones identitarias. Para ello la territorialidad es entendida como la relación del sujeto con su espacio. El análisis de esta territorialidad identitaria se hace a partir de las prácticas cotidianas y el significado que adquieren los espacios de vida para los habitantes, así como la construcción de sus lugares.

Así definido el espacio de vida de estudio, nuestro interrogante central fue ¿Cuáles son las diversas figuras del entronque sujeto-espacio que se despliegan en lo urbano? Y en ese mismo sentido como incide esta relación, en la conformación de las identidades urbanas? Sobre todo intereso reconstruir aquellas figuras de la territorialidad que permiten desmontar las diversas representaciones identitarias interpretadas a través de la etnografía visual.

Nuestra forma de acercamiento fue a través del discurso visual de la ciudad, de lo urbano, de lo practicado, sobre sus prácticas espaciales y sus formas de vivir el espacio. Detrás de esta decisión está nuestro reconocimiento de que en los discursos, más específicamente en las narrativas visuales (secuencias fotográficas), están entrelazados fragmentos de una subjetividad colectiva sobre el territorio que los habitantes del lugar han incorporado y resignificado en el curso de las experiencias vividas transformándolas en representaciones identitarias. En este seguimiento aparecen retazos –casi siempre dispersos, encapsulados, codificados- de esas formas de vincularse con el espacio, que intentamos reconstruir a través de la interpretación.

Por todo lo anterior, metodológicamente se trabajó con la interpretación de la etnografía visual considerando algunos niveles analíticos teórico-prácticos en la relación al sujeto social y sus espacios, en la génesis y desarrollo de la identidad urbana. El acercamiento que se llevó a cabo fue el cualitativo para desentramar y conocer los procesos identitarios del sujeto con su entorno físico-social. En concreto la ciudad, su barrio y la vida urbana, con cada acto cotidiano. A esta aproximación se le identifica como la construcción social del territorio y en ella el modo de vida y la subjetividad social son los conceptos nodales.

De este modo en la primera parte se le otorgan contenidos al concepto espacio con el objetivo de entenderlo como una forma de estudiar la relación sujeto-espacio de la urbe. Luego, en el segundo apartado se reconstruye el concepto de identidad, para luego entenderlo en un tercer momento como un modo de vida

conformado desde su dimensión espacial generando sus variadas representaciones encontradas en la ciudad, en lo urbano.

Los contenidos concretos toman el modo de vida, la cotidianeidad y la subjetividad social en el área de estudio. El modo de vida solo puede configurarse de distintas maneras cuando se identifican prácticas cotidianas; y éstas por su parte requieren del análisis de la subjetividad, como la forma de darle sentido a lo que el sujeto hace cotidianamente, es decir, darle sentido a sus prácticas. En esa relación entre la vida practicada de los habitantes de la ciudad y el imaginario que la acompaña, se construye socialmente el territorio como un proceso que incluye expresiones materiales y simbólicas que definen una dimensión múltiple de la identidad urbana

1

El concepto del espacio

1.1 Delimitación y contexto del concepto espacio

La experiencia y la práctica humana, y en consecuencia la vida social en todas sus expresiones, necesariamente llevan consigo una componente espacial: El hacer del ser humano en cualquiera de sus formas, está siempre espacializado. Asociado a esto, encontramos que la palabra espacio ha sido siempre una noción del lenguaje natural vinculada precisamente a esa dimensión espacial insoslayable de la vida humana. Solo a posteriori se transforma en concepto a través de un ejercicio teórico que se va desarrollando dentro de campos especializados del conocimiento.

La tarea –dilatada en el tiempo- de construir la noción en concepto se ha desarrollado en diversos contextos teóricos, epistemológicos y disciplinarios. Por esta razón, actualmente nos encontramos con varios conceptos de espacio así como diversos usos del término en distintos campos del conocimiento científico. Se utiliza la palabra espacio en campos tan distintos como pueden ser la matemática, la lingüística, la geografía, la sociología, la psicología, el urbanismo, la arquitectura..... También es importante observar que las acepciones en estos campos no son equiparables unas a otras, aunque tal vez podamos afirmar que responden a un trasfondo común: La experiencia humana es necesariamente espacial, posiblemente por esto mismo las metáforas espaciales son habituales o naturales en el lenguaje coloquial. Eric Dardel, en 1952 expresaba esto en las siguientes palabras: “Podemos cambiar de lugar, marcharnos de un lugar, pero siempre tendremos que buscar un lugar donde estar (...). Es necesario un aquí desde donde observar el mundo y un allá adonde ir”¹

La noción de espacio: La palabra espacio procede del latín (spatium) y expresa la apertura, la amplitud o lo abierto. Sus equivalentes en griego (chora) y en alemán (raum) también tenían un contenido muy semejante, sobre todo la raíz alemana que expresaba directamente la idea de aclarar o abrir un claro en el bosque. En este sentido, la noción de espacio también trasluce otro aspecto importante: El espacio, entendido como el claro en el bosque, se produce por la acción humana². Entonces, el espacio es un producto humano o producto de las

¹ Dardel Eric, 1990, pp.52

² Ortega Valcarcel, 2000, pp. 340-342
Universidad Autónoma Metropolitana

prácticas humanas que transforman la naturaleza. En síntesis, la noción de espacio llevó consigo, como un rasgo característico, la idea de amplitud, y ésta fue una forma de conectar al espacio con la extensión, conexión que se puede apreciar más directamente en el adjetivo “espacioso”. A su vez la extensión se relaciona con la noción de distancia. Con ello estamos destacando que la noción de espacio siempre ha estado asociada a las de extensión y distancia, así como a la acción humana como productora del espacio y lo espacioso.

El concepto de espacio: La tarea de construir al espacio en concepto necesariamente debe ser ubicada en el horizonte de la cultura occidental y la tradición grecolatina. De manera muy sintética se pueden diferenciar al menos dos vertientes filosóficas en esta tarea.

Una de ellas es la vertiente que ha concebido al espacio como un contenedor, continente, soporte o receptáculo de los fenómenos. Para esta visión, el espacio geométrico o espacio euclidiano es el punto de partida. A la misma se han sumando muchos otros aportes muy relevantes, como por ejemplo la concepción kantiana, según la cual el espacio es una condición o posibilidad de existencia de los fenómenos, es decir, es un fundamento necesario de los fenómenos. Un aspecto importante en esta vertiente es que el contenedor es casi siempre vacío o neutro. Una variante contemporánea de esto dentro de las ciencias sociales -y en cierta forma, la versión aplicada- es la concepción del espacio como reflejo o escenario de la sociedad o de ciertos fenómenos sociales o bien un telón de fondo de lo social.

La segunda vertiente filosófica en la construcción del concepto de espacio es aquella de raíz idealista (hegeliana) que lo ha concebido como una visión de nuestro espíritu, un modo de ver las cosas, una intuición. En este mismo sentido, dos destacados geógrafos clásicos, como son Alfred Hettner y Federico Ratzel han dicho que el espacio es una forma de percepción o un esquema intelectual. Ambas vertientes filosóficas han sido el sustrato para distintas conceptualizaciones más especializadas, de las cuales se considera en particular los esfuerzos realizados desde la geografía. Esta decisión se funda en que precisamente es la disciplina que ha abordado más directamente este desafío, por haber construido su objeto de estudio en torno al espacio, o más exactamente alrededor de la relación espacio/sociedad y por ello, permite reconstruir un marco más sistemático y acabado para este trabajo. Los esfuerzos por construir un concepto de espacio en este campo parecen orientarse hacia cuatro rumbos:

1.2 La visión naturalista del espacio

Este enfoque concibe al espacio como medio natural y reconoce una larga tradición en la cual se halla la geografía regional clásica, las visiones también clásicas del paisaje (tanto las regionalistas como las culturales) y más recientemente los enfoques ambientales, retoman esta visión.

1.3 La visión del espacio absoluto-relativo

La concepción del espacio absoluto es la más antigua y articula con la primera vertiente filosófica comentada más arriba. Para esta concepción el espacio es un cuadro de referencia en donde el analista ubica los fenómenos a partir de un sistema previamente definido como puede ser el de coordenadas geográficas. El

espacio absoluto es un cuadro en el que se inscriben los fenómenos. Para esta visión, el espacio está definido por puntos y líneas, que equivalen a lugares y distancias. Su principal utilidad es que fue la primera forma de resolver los interrogantes acerca del “donde”. A pesar de la importancia que ha tenido el concepto anterior, tempranamente se advirtió su insuficiencia. A fin de dar cuenta de los fenómenos reales, no solo en el nivel de su identificación dentro de un plano homogéneo, fue necesario complejizar o enriquecer el anterior concepto incorporándole otras dimensiones. De esta forma también se pudo comenzar a resolver el problema del “vaciamiento” que llevaba consigo el cuadro de referencia (el espacio absoluto). El resultado de este proceso fue la reconstrucción del concepto de espacio absoluto en el de espacio relativo.

El espacio relativo ya no es un plano homogéneo o un vacío: Los fenómenos que están en el espacio son parte del espacio. El espacio no se define solo por las coordenadas, sino también por la sustancia. El espacio relativo sigue siendo continente pero también es contenido, de esta forma el análisis que opera con este concepto de espacio relativo se abre a la posibilidad de confrontación con la realidad, mientras que con la visión del espacio absoluto eso era casi imposible desde las ciencias sociales por el “vaciamiento” que implicaba en sí el concepto mismo de espacio absoluto

En esta perspectiva las líneas se han manejado como distancias y analíticamente esto ha sido procesado en términos de movimientos en el espacio y costos de desplazamiento a lo largo de dichas distancias. A su vez, los puntos se han trabajado como localizaciones que llevan consigo propiedades, rasgos

característicos, y de las líneas y puntos se pasó al análisis de áreas, que en general devinieron en regiones. Esta concepción de espacio relativo ha sido el eje del análisis locacional, analítico o cuantitativo de corte positivista

Es importante señalar que en el avance reciente de esta concepción del espacio, se ha ido enfatizando más la relación entre los elementos constitutivos del espacio llegando a planteamientos muy relacionales. Algunos de los temas abordados recientemente desde esta visión son las ciudades globales, los flujos y redes así como los distritos industriales. Esta visión del espacio se integra en la organización territorial.

1.4 Percepción del espacio

La percepción del espacio como la construcción de una imagen mental constituida desde la perspectiva fenomenológica de percepción de Merleau Ponty M. (1976), trascendida a un imaginario social heredado a la colectividad y resignificado individualmente, en este sentido, se convierte en un proceso mediante el cual los individuos otorgan significado al entorno. Consiste en la organización e interpretación de diversos estímulos dentro de una experiencia vivencial, la sensación se refiere a experiencias inmediatas básicas, generadas por estímulos aislados simples (Matlin y Foley 1996). La sensación también se define en términos de la respuesta de los órganos de los sentidos frente a un estímulo. Entonces, la percepción incluye la interpretación de esas sensaciones, dándoles significado y organización. La organización, interpretación, análisis e integración de los estímulos, implica la actividad no sólo de nuestros órganos sensoriales, sino también de nuestro cerebro (Feldman, 1999). Los individuos utilizan cinco sentidos para relacionarse con su entorno. La acción de organizar

la información del entorno para que llegue a tener un sentido recibe el nombre de percepción, que resulta ser un proceso cognoscitivo. Ayuda a los individuos a seleccionar, organizar, almacenar e interpretar los estímulos dentro de una interpretación coherente del mundo. Dado que cada persona da a los estímulos un significado propio, el mapa cognoscitivo de los individuos no es una representación del espacio físico, sino una construcción personal y parcial en la que determinados objetos, seleccionados por el individuo de acuerdo con la importancia de su rol, se perciben de una manera individual. Cada individuo en su percepción es de alguna forma un artista no figurativo que estuviera pintando un cuadro del mundo que expresara su visión individual de la realidad, sin embargo, estas representaciones significativas en espacio constituyen un imaginario colectivo, que deviene en una manera reflexiva de concebir y representar el entorno en que se desenvuelven espacialmente. La percepción proporciona la información necesaria que determina las ideas que el hombre se forma de su ambiente, así como la actuación, comportamiento y modificación hacia éste, además de ser el medio por el que se detecta la energía circundante, que permite tener un grado de confort o bienestar físico y psicológico en cualquier persona. Es así como las transacciones funcionales y simbólicas, -considerando el proceso de conceptualización y las propiedades físicas del espacio-, entre el ser humano y su entorno, establecen actitudes, creencias y valores de grupo, que marcan a cada persona y su comunidad. La relación del hombre y el espacio constituye la experiencia de dicho espacio a través de sus sentidos: ve el espacio, lo toca, atiende sus sonidos, atiende

sensaciones como el frío o calor que genera, e incluso reconoce los olores que caracterizan a cada lugar y que estimulan a todos los sentidos.

Las propiedades físicas e interpersonales del ambiente están distribuidas en el espacio, y este es moldeado a su vez por la configuración de estas propiedades en un significado espacial (Beck, Robert 1967)

1.5 La visión del espacio vivido-concebido, apropiado

En este caso la tarea de construir el espacio en concepto toma cuerpo en las perspectivas subjetivistas, a veces más fenomenológicas, a veces más existencialistas o bien, más constructivistas. En esta perspectiva la palabra clave es “experiencia”³, pero se trata de la experiencia espacial.

Para esta visión “el espacio solo deviene en objeto de estudio por los significados y valores que le son atribuidos” (Gumuchian, 1991:9), el espacio debe ser estudiado a través de los sentidos y significados. Algunos autores insisten en que en este rumbo se ha transitado en los últimos años desde una concepción inicial del “espacio percibido” hacia otra más actual el “espacio concebido” y/o “vivido”.⁴ Este tránsito alude a la profundización del camino constructivista al subrayar que la construcción de los sentidos y significados del espacio resultan de un proceso de contraste entre los elementos materiales y las representaciones y esquemas mentales con los que los individuos se vinculan con el mundo, que por otra parte son de carácter socio-cultural.

Así, la apropiación del espacio implica una nueva atribución de coherencia, de una nueva lógica que adquiere contenido con un devenir social específico, en el

³ Tuan Yi Fu, 1977, pp.7

⁴ Pellegrino, 2002, pp.23

cual se tejen lo individual y lo colectivo. El espacio se transforma al transformarse la sociedad, y en cada una de esas transformaciones está involucrada una atribución de una temporalidad particular que es la que vive la sociedad particular en un momento determinado.

Por eso, en contextos de cambio, cuando un grupo social se apropia de un espacio determinado, no sólo se transforma en un espacio social que expresa esa sociedad particular, a partir del uso que le hace, como construye un espacio-tiempo que es diferente de aquel que otra sociedad hubiese podido construir; ese espacio-tiempo es una manifestación de la racionalidad de movimiento en esa sociedad. Así, apropiarse de un espacio es reconstruir su lógica temporal, y reactivar un mecanismo de articulación entre un tiempo y un espacio, diferente del anterior.

El espacio vivido entonces desborda la dimensión física, entraña los lugares de la memoria, individual y colectiva. Emerge de la red de interacciones y relaciones que constituyen quienes lo viven, lo ocupan, le dan un uso. En ese sentido la pregunta por lo público y por lo privado pone de manifiesto el sentido político de tales definiciones, lo que hace imposible la aspiración de definir de una vez por todas el borde que separa uno de otro. Esa frontera es móvil, cambia con los actores, los tiempos y los lugares.

1.6 El Sentido de lugar

Asimismo, es importante señalar que en este camino se ha construido (o mejor aun, reconstruido) el concepto de “lugar” como la forma clave de comprender el espacio a partir de la experiencia del sujeto y con toda la carga de sentido que

dicha experiencia lleva consigo. El lugar es considerado como “acumulación de sentidos”. De esta forma, aunque la palabra “lugar” ha sido muy utilizada en las diversas visiones del espacio, hoy nos encontramos en la situación de que al hablar de “lugar” necesariamente nos estamos ubicando en este tercer rumbo que estamos esbozando.

En esta perspectiva se recupera la vieja problemática del paisaje, pero con nuevos matices, al abordarlo como “portador de signos que es necesario interpretar, como los perciben los hombres, qué comportamientos producen” (Gumuchian, 1991:8).

Esta concepción del espacio también dialoga con el lenguaje, precisamente porque la construcción de sentidos y significados no puede darse fuera del lenguaje. Así se plantea que el espacio puede ser trabajado como un texto, como un conjunto de símbolos. No obstante, el problema de los sentidos también es un problema de prácticas, del hacer cotidiano. Por eso, en esta concepción es necesario estudiar el espacio de vida, como el espacio de la vida cotidiana. Así, se han hecho investigaciones que buscan “reconocer lugares frecuentados, definir itinerarios, situar al hombre-habitante en su cuadro familiar de existencia” (Gumuchian, 1991:62). Asimismo, esta perspectiva ha abierto un importante horizonte en torno a la identidad y el sentido del lugar, así como alrededor del tema de la memoria del lugar y los “lugares de memoria”, para retomar la expresión que ha hecho célebre Pierre Nora (1997). Mientras un “no-lugar”, es identificado por un espacio vacío de contenido, considerado como espacio de la postmodernidad: de intercambio, de circulación permanente, de consumo masivo, muchas veces de deterioro ambiental, de ruido etc, “el lugar”,

es la construcción social de un espacio al que se le asigna valor afectivo y cultural. El lugar es esa porción de espacio en donde se produce la simbiosis de los sentimientos personales con lo simbólico y lo colectivo. Al respecto, Entrikin sostiene que el lugar no es una colección de eventos y objetos observables, es más bien el receptáculo de significados (Baylli, 1979), El concepto de lugar está ligado a la experiencia individual, al sentido de pertenencia, a la localización concreta, al mapa mental. Los conceptos espacio y lugar y sus conexiones son el centro de las indagaciones sobre el espacio cognitivo, noción que comienza a gestarse en lo individual ya que implica al cuerpo humano que coexiste con el espacio. Es esta relación la que estructura y orienta la concepción y el comportamiento en el espacio; la percepción combinada y enriquecida por el pensamiento elabora su sentido. (Ostuni, 1992). El lugar desde el punto de vista geográfico describe una localización espacial, pero también una experiencia humana por lo que una mirada sociológica lo identifica como un espacio que remite a un recorte territorial identificable sobre el que cargamos ciertos valores (Haggett, 1988). El lugar se configura en la imagen que percibimos de la realidad que deviene de la información recibida de los sistemas perceptivos (visual, auditivo, táctil, olfativo) y que pasa por múltiples filtros psicológicos, mentales y culturales. El lugar es el espacio vivido, el horizonte cotidiano, que tiene sentido de identidad y pertenencia. Es el lugar de cada uno de nosotros.

Marc Augé (1993) define al lugar según los antropólogos a aquellos espacios marcados y simbolizados por los grupos humanos, de los que se extrae una

identidad individual y colectiva. Son lugares los monumentos, las obras de arte y las ciudades y también los paisajes naturales y culturales de fuerte personalidad y, por último, las regiones porque organizan el espacio y constituyen centros de significación y de contigüidad histórica. El lugar se define por su densidad técnica (grado de artificialidad), informacional (su propensión a entrar en relación con otros lugares y la realización concreta de esas interacciones) y la densidad comunicacional (relaciones entre los hombres y grupos sociales) como advierte Milton Santos (1996), pero también por su densidad cultural.

Por último, cabe destacar que esta forma de conceptuar el espacio, ha traído consigo importantes desafíos metodológicos, vinculados precisamente al problema que se plantea cuando se estudian subjetividades. Esto ha tenido implicaciones en el nivel de la producción de la información con la cual trabajar así como en las posibles formas de analizarlas. Por ejemplo, algunos autores han reflexionado acerca de que estas visiones del espacio nos enfrentan a la necesidad de realizar trabajo de campo de tipo “experiencial”.⁵ Observaciones semejantes se pueden plantear con referencia a las formas de análisis. Esta visión del espacio constituye el nodo central de los ejes sustantivos de este trabajo.

1.7 La visión del espacio material producido

En este caso los esfuerzos por construir el concepto de espacio deben ser entendidos a la luz de una mirada marxista o mejor aun, neo-marxista o crítica. Para esta concepción el espacio tiene una presencia material construida a lo

⁵ Rowles, 1978, pp.64
Universidad Autónoma Metropolitana

largo del proceso histórico de acumulación capitalista. Según Harvey el espacio es un capital fijo (1982). En el mismo rumbo, Santos consideró al espacio como una totalidad social, es decir es producido por la sociedad y al mismo tiempo es productor de lo social.

La sociedad produce su espacio en función de su desarrollo tecnológico, de sus necesidades, de sus instituciones, de su estructura social Por su parte, el espacio produce a la sociedad en tanto le representa rigideces resultantes de las ineludibles formas materiales. Muchas veces, esas formas materiales vienen del pasado, representan relictos de otros tiempos históricos pero que siguen presentes y frente a los cuales las sociedades recrean nuevos usos, funciones y sentidos, o más bien, se ven necesitadas de hacerlo. Esto es lo que Milton Santos (1990) ha conceptualizado como las “inercias espaciales” y las “rugosidades” que el espacio de otros momentos históricos le representa a la sociedad actual. De esta forma el espacio es observado y analizado a la luz de un movimiento dialéctico y dentro de un horizonte histórico dado por el desarrollo del capitalismo.

El espacio aparece como capital fijo vinculado al proceso de producción y por lo mismo está fuertemente afectado por las inversiones de capital y la circulación de capitales. Por ejemplo, Harvey ha destacado que el capitalismo no se desarrolla en un plano neutro (el espacio absoluto) en el cual se distribuyen homogéneamente los recursos naturales y la fuerza de trabajo, sino que se inserta en un entorno geográfico “preexistente” desigual, que es producto de condiciones históricas. En ese contexto algunas regiones resultan favorecidas en ciertos momentos históricos y otras perjudicadas.

1.8 El concepto del espacio en la vida urbana

Al tratar de ubicarnos en la vida urbana; contemplando sus espacios podemos encontrar que las personas invierten una parte de su tiempo en estos para realizar sus actividades cotidianas junto a otros o simplemente de manera individual. Por esta razón, nuestra vida cotidiana esta inmersa en una conjugación inseparable del tiempo y el espacio. Claro es que esta relación entre tiempo y espacio en nuestro devenir social diario, no es de la preocupación común de la gente, más sin embargo, está es responsable de como concebir nuestras articulaciones entre el sujeto y su identificación con el entorno urbano que lo rodea. Para una disciplina como la filosofía, tratar de comprender la relación entre el tiempo y el espacio ha ocupado un gran aspecto reflexivo: "Las relaciones espaciales expresan, de una parte el orden en que tienen lugar los acontecimientos que existen simultáneamente, y la extensión de los objetos materiales. Las relaciones del tiempo expresan el orden en que transcurren los acontecimientos que sustituyen unos a otros, así como su duración."⁶ Así, podemos encontrar que las relaciones espaciales dentro del marco social nos muestran el orden de como tienen lugar los acontecimientos sociales y la extensión de estos en el tiempo que se producen simultáneamente en un espacio urbano determinado.

Lo anterior, nos muestra que toda relación de objeto en la vida social existe en una dimensionalidad espacio-tiempo, donde la abstracción sincrónica y espacial es sólo una representación construida socialmente y, por lo tanto, una

⁶ Blaubierg., I. (et. al.). **Diccionario Marxista de Filosofía**, tr. del ruso por Alejo Méndez Garcia, Eds. de Cultura Popular, México, D.F. ,6a. reimp. , pp. 94 y 95.

representación idealizada (hasta estereotipada) de la realidad. Así, la temporalidad que subyace a la relación espacio-tiempo, ha permitido que esté en la existencia social se enaltezca como un marco referencial y de vida en el devenir social, binomio inseparable que configura el infinito escenario de lo real, donde prácticamente se inserta el escenario urbano. Por consiguiente: "El espacio no puede definirse como un <<continente>> de cosas y vacíos o de temporalidad-atemporalidad." (Valenzuela, 1996:4). El espacio y el tiempo son construcciones referenciales que los individuos utilizan en sus relaciones de todo tipo. La relación espacio y tiempo se manifiesta entonces como entidades construidas socialmente, solo se puede comprender en relación dialéctica con complejas relaciones sociales donde la historicidad y su representación ideologizada subsisten. "Es decir, no existen relaciones de espacio-tiempo absolutas, dadas de una vez y para siempre, únicas y universales para todo el universo [social]; estas relaciones dependen de la posición recíproca y del movimiento de los sistemas materiales."⁷ Todo esto nos remite que en el ámbito urbano en torno a los espacios que ahí se construyen, tanto por la mano del hombre, como producto de la relación entre personas; son un producto particular de una cultura específica.

El espacio se construye en la vida social, y la ciudad [con sus espacios/ constituye el ámbito espacial y sociocultural preferente donde interactúan y se enfrentan diversos intereses, por eso debemos añadir la dimensión del espacio cultural.(Valenzuela, 1996:35) El reconocimiento del espacio cultural nos remite

⁷ Blauberg, I. **Op. cit.**

igualmente a reconocer la composición histórica que en el se desarrolla, en el tiempo que se este ahí, se construyen diferencias y semejanzas entre los individuos, esto en las ciudades es de alguna manera evidente, ya que en la ocupación de sus espacios urbanos se reflejan muchas veces la clase social a la que se pertenece, es decir, se hace un uso diferenciado de los espacios en el ámbito urbano, en una expresión de la división que se ha y sigue construyéndose en un devenir histórico ciudadano. Donde los ámbitos urbanos espaciales expresan tiempos múltiples y contradictorios, manifestándose en la existencia de grandes edificios que albergan a la élite social y el proletariado que vive en las zonas periféricas; el avance tecnológico no cubre al amplio espectro de la población por la desigualdad social existente, por ello, el ámbito urbano se delinea en un gran contraste social entre sus habitantes. Bajo este marco, el espacio está construido de una temporalidad y del movimiento de las relaciones que se gestan ahí, es decir, que el material de que se constituye el tiempo, constituye al mismo tiempo el espacio que esta en continuo movimiento donde este se petrifica para constituir un espacio proxémico (significativo). Como hemos podido ver en este desarrollo, al espacio le subyace una relación muy compleja de tiempo-espacio, donde las relaciones sociales son construidas y reconstruidas dinámicamente. Por ello, es necesario mencionar una "taxonomía" analítica en que se han ubicado a los espacios para su estudio. Cuando nosotros nos encontramos usando un espacio urbano, le encontramos límites y fronteras, es decir, el espacio al tener una dimensión territorial, también presenta rasgos visibles que lo delimitan como tal. Esto en las ciudades puede verse claramente en los parques, complejos deportivos, plazas,

explanadas, etc., en unos los espacios verdes marcan el paso al espacio de concreto, en otros los enrejados y bardas determinan un acceso libre o no al lugar, en otros las vitrinas y corredores determinan como recorrer un espacio comercial, en otros la relación que tienen con un monumento o institución determinan la presencia o ausencia de personas en el lugar. Así, dentro la urbanidad moderna, las construcciones y elementos que la acompañan definen desde campos (espacios) locales y regionales, etc. Por lo tanto, el espacio objetivado se refiere a las características geográficas del lugar, de su dimensión territorial y de sus rasgos visibles que lo hacen particular o lo definen. Este tipo de espacios se presentan visualmente en planos -atlas y mapas- donde se representa de alguna manera la proporcionalidad dimensional física y espacial del lugar. Ahora, dentro de nuestra cotidianidad urbana podemos darnos cuenta que en los espacios urbanos mismos, se delimitan usos específicos para grupos de hombres o mujeres, niños o niñas, jóvenes o adultos, etc. Donde esta delimitación de uso espacial esta construida socialmente. Se convierte en un espacio social donde se interactúa: trabajando, comerciando, recreándose en espacios públicos, habitando el lugar, etc. Así, el espacio social se refiere al conjunto de redes de relaciones sociales que definen posiciones, roles, jerarquías, y campos de poder en un espacio objetivado, donde la presencia de las redes comunitarias y el conflicto no están ausentes. Las personas que acuden a los espacios urbanos a usarlos o simplemente a recorrerlos, en ellos pueden encontrar algún objeto o relación social que le interese o pase completamente inadvertido, este interés o desinterés que le ofrezca el espacio detonan el ámbito

significativo del lugar y de lo que se pueda producir en él. Lo cual nos remite que los espacios producen significados para quienes lo contemplan o usan, es decir, los espacios son simbólicos y refieren a códigos y matrices de representación colectiva-cultural, donde los espacios culturales participan para definir y articular la construcción de identificaciones y de diferencias grupales hasta colectivas. Un último espacio que ha tomado relevancia ha surgido por los avances tecnológicos que han ampliado y diversificado los alcances de las redes de comunicación actuales para con los individuos; y es en las grandes ciudades donde el equipamiento tecno-económico intensifica esta relación con los espacios creados electrónicamente -tv., computadoras, videojuegos, cine, etc.-. Braudillard⁸, encuentra en esta simulación del espacio real, un espacio virtual donde se encuentra la simulación del espacio como un campo sin territorio, sin sustancia ni referencia, donde lo hiper real es producido por modelos, donde el territorio no precede al mapa ni le sobrevive, sino todo lo contrario éste precederá al mismo. Las escenificaciones que construyen o representan los medios de comunicación audiovisuales o en la actualidad las imágenes virtuales originadas por la tecnología de punta, van reformulando nuevas relaciones con la imagen donde lo real y lo ficticio van manipulando la percepción sensorial de los individuos y de su socialidad; lo que conlleva a nuevas construcciones de interacción con la imagen y la estructura sociocultural. La clasificación analítica de estos espacios no significa por tal una diferenciación tajante, sino que el espacio existe interconectado por estas características; es decir, la noción de espacio es objetivizada por las

⁸ Valenzuela, 1956, 87
Universidad Autónoma Metropolitana

características territoriales que le confieren los individuos y que lo han constituido socialmente como espacio social por las interacciones específicas que se gestan ahí, donde el referencial simbólico permite una adscripción positiva o negativa para los individuos de acuerdo a ciertos aspectos de su marco sociocultural.

2

De la Identidad Social a la Identidad espacial

2.1 La construcción social de la identidad

El tema de la identidad es un problema no tan sólo interesante, sino además, complejo. Por lo cual, iniciaré con un breve bosquejo de las formas de abordar su estudio que consideramos es importante tener en cuenta para esta investigación. Desde la perspectiva de la filosofía el planteamiento de este problema se torna como uno de los puntos centrales que ha ocupado el análisis de esta ciencia, esto se traduce en la dualidad en que esta disciplina concibe al ser humano donde entraña los problemas del cuerpo como materia y el alma como espíritu no tangible, los cuales conforman al ser humano. Por lo tanto, no

es extraño que tales reflexiones hayan influido en la sociología, lo que ha permitido resaltar y validar el estudio del ser humano desde su carácter subjetivo, que le da esa distinción de poseer una conciencia subjetiva en términos de identidad personal.

Durante muchos años, el carácter subjetivo del ser humano se había relegado en psicología, ya que a través del conductismo se daba más importancia a otorgar una explicación de los aspectos físicos, lo cual ocasionaba una ausencia en la explicación de la subjetividad que atañen a actos, sensaciones, deseos, etc. El ser humano se desenvuelve en su mundo real, que igualmente en un mundo totalmente subjetivo. La subjetividad en este, se traduce en el yo, en la conciencia de los seres humanos que constantemente se manifiesta en el lenguaje, que además de permitir la comunicación a este le subyace una producción de significados a los cuales se reacciona o se produce para sí mismo. Por lo tanto, el ser humano se ostenta como un agente de acción que se orienta y organiza a través de normas y reglas elaboradas socialmente que satisfacen determinados fines. El hombre como agente de su propia acción tiene una identidad. Bajo este contexto de la realidad subjetiva; Popper atribuye una jerarquización de la realidad en tres mundos:

- 1) mundo uno: objetos físicos y organismos.
- 2) mundo dos: experiencia subjetiva.
- 3) mundo tres: productos de la mente humana o de la cultura.

Así, Popper¹, justifica que desde la perspectiva del interaccionismo simbólico, relacionándolo con ese mundo tres que menciona, es desde donde se puede analizar la identidad de una persona como parte de una identidad social. Donde la cultura, esta impregnada de una constante interacción de conciencias, que parten desde los otros. Esto nos lleva a mencionar de una manera muy breve los principios categóricos del interaccionismo simbólico, que consideramos suficientes para los fines de este trabajo:

- 1) los sujetos tienen una relación de objeto con personas de acuerdo a
- 2) significados resultantes de un proceso de interacción.
- 3) Se da una interpretación de ellos que llevan a una modificación con los significados relación de objetos (Yo's). A esta pequeña estructura de la realidad social, le resalta como la persona puede ser objeto para sí mismo por medio de ser consciente de ello, y sujeto u objeto para los demás. Esta relación, es subyacente de un proceso cognoscitivo de aprendizaje social que se da mediante la vida cotidiana del ser humano, donde se comparte un sistema de signos y significados que les permite ir integrándose al otro generalizado - sociedad- (relación yo-mi); estas aportaciones de Mead nos desliza de la constitución personal de la identidad, haciendo referencia al otro nivel que es el de la organización social y la cultura -el otro generalizado-. Esto se transforma como el punto de referencia donde el yo tiene que actuar y construir su propia persona, de esta manera, la reproducción que se hace a través de los otros no tiene porque tomar un carácter determinado, sino dentro de la dinámica social existe la indeterminación y novedad necesarias para que este proceso no

¹ Torregrosa, 1985, 87
Universidad Autónoma Metropolitana

funcione como una replica social, sino que la producción psicosocial pueda estar orientada en el cambio. Es decir, la identidad también se va construyendo con resistencias directas o indirectas y decisiones de sobrevivencia. El mundo plural y rápidamente cambiante en sus procesos tecnológicos, sociales, políticos y culturales han obligado al hombre contemporáneo de los grandes centros urbanos hacia una necesaria y apremiante orientación sobre su entorno y sobre sí mismo.

2.2 Categorización en el contexto social-urbano

La cognición humana esta basada en la experiencia de la interacción producida en la vida social, es por lo tanto, un proceso psicosocial. Estas experiencias traducidas en ideas y creencias se desenvuelven en un contexto social: creencias religiosas, nuestra política y las ideologías sociales, estas dentro de nuestra vida social son asumidas en favor o en contra por la gente, todo ello integra un armazón de significados sociales compartidos que permiten la comunicación social. No obstante, las creencias, las ideologías y otros conceptos propios de una comunidad particular sólo son compartidos dentro de una cultura y estas difieren en cierto grado de otra. Por lo tanto, el contenido de las cogniciones determina directamente el comportamiento y diferencia igualmente la forma de como describir como es eso y como él viene a ser esto. Los actos de los hombres ocurren de acuerdo a como entiendan su medio ambiente físico y social, y este entendimiento se determina por la forma de como actúan en él, en base a sus demandas y requerimientos, "... la actividad cognitiva de categorización o clasificación. [Esta actitud] provee un vínculo entre los procesos preceptuales,

entre como percibimos el mundo y como pensamos alrededor de él"² La función de la categorización: Es evidente que el proceso de categorización a nivel psicosocial es totalmente cognitivo y perceptual. Los procesos que emergen a nivel del contexto social consisten en la organización de algunas vías de información que se reciben del medio ambiente. Este proceso de organizaciones permite atender o ignorar desigualdades entre objetos equivalentes o también sus similitudes para un determinado propósito: una acción, creencia, actitud, intención o sentimientos. "La principal función de la categorización reside en su papel como herramienta en la sistematización del medio ambiente para los propósitos de acción." (Tajfel, 1983:305). Una categoría se presenta entrelazada con otras de las experiencias mismas y desarrollando varias actividades preceptuales, así selecciona ciertos aspectos del ambiente para desempeñar algún propósito en particular facilitando la decisión cognitiva de acuerdo a una insuficiente información.

La categorización social, la comparación social, la distinción psicológica de grupo en la conformación de la identidad social trastocan un eje común y complementario en lo que respecta para que un individuo adquiera durante el proceso social de desarrollo, su propia identidad dentro del mundo social. El ser humano utiliza la categorización social para sistematizar y simplificar su entorno. Así, la categorización social es entendida como la ordenación subjetiva del entorno espacial en términos de agrupamiento de personas, dándole al individuo un sentido para comprender y estructurar su entorno social y para actuar en él. Es más, es durante este proceso donde se juntan objetos sociales o

² Tajfel, 1983, pp. 303
Universidad Autónoma Metropolitana

acontecimientos de grupos equivalentes desde la perspectiva de los actos de un individuo, de sus intenciones y de su sistema de creencias que son mediadas por la escenificación territorial del espacio. Siendo la categorización un sistema de orientación que crea y define el lugar de un individuo en el marco de su sociedad. Así, se entenderá desde aquí a "...la identidad social como aquella parte del autoconcepto de un individuo que deriva de su conocimiento de pertenencia a un grupo social o grupos junto al significado emocional unido a esa pertenencia al grupo [y a su entorno]." (Tajfel, 1985). Esto se debe a que el individuo está hecho dentro del marco societal de su sociedad; es a partir de ahí que fundamenta su identidad socialmente, los cuales se irán convirtiendo en su realidad a medida que evolucione su proceso de desarrollo social. Los marcos sociales de la vida cotidiana nos muestran que un grupo nunca se encuentra aislado en condiciones naturales en los espacios donde se desenvuelve, por decirlo así, siempre estamos rodeados de otros. Para que pueda el individuo humano evaluar y definir los aspectos positivos de una identidad social, atributos y compromiso a la acción social sólo se definen en comparación con los otros grupos que los rodean, dándose al mismo tiempo una distinción psicológica de grupo en relación a lo positivo que le representa al sujeto estar ahí. Por lo tanto, podemos observar que el proceso de categorización no sólo ordena las percepciones a este nivel primario, sino que se extiende hasta el nivel de la interacción entre agentes sociales donde se producen procesos de transformación y de elaboración social de la realidad.

2.3 Identidad y sentido de pertenencia

Los vínculos de pertenencia pueden ser múltiples respecto a una misma persona, de acuerdo a la diversidad de roles e interacciones en que participe a lo largo de su vida. Así pues la familia, las organizaciones sociales, la comunidad, pueden constituir simultáneamente medios a las que un mismo sujeto se sienta pertenecer. El grado de compromiso individual y colectivo, así como los vínculos afectivos que se consolidan mediante el sentido de pertenencia son tales, que aún en los casos en que cesa la relación activa con el medio que lo origina, puede mantenerse la identificación con sus valores representativos, mientras estos no entren en conflicto con los valores más raigales de la identidad personal. La duración de este lazo emotivo es, por tanto, indeterminada, y sólo se extingue en la medida en que se transformen y construyan significados que enajenen la identificación del sujeto con los mismos.

No obstante, la fuerza del sentido de pertenencia en muchas ocasiones pervive, como una latencia emotiva, relacionada con aquellos rasgos distintivos de la identidad colectiva que todavía mantienen su sentido para el sujeto.

Por tanto, el sentido de pertenencia es un elemento primario de arraigo e identificación personal y colectiva. Es expresión concreta de adhesión a rasgos específicos y característicos de la cultura que sintetizan perfiles particularmente sentidos de identidad cultural; por lo que resulta importante en las estrategias premotivas para el desarrollo protagónico.

Debe añadirse que en el estudio de los procesos de identidad Y sentido de pertenencia, es necesario considerar las múltiples posibilidades de organización, clasificación y normación generadas en dichos procesos, que al

conformar las prácticas intra y extragrupalas, definen las posibilidades de acción colectiva";³ así como : " la complejidad de delimitación y estructuración del universo de elementos culturales propias, que garantizan por sí mismos la existencia del grupo, dando paso a los procesos de innovación, apropiación, enajenación a supresión de valores que provienen del marca extragrupal" (Bonfil Batalla, 1987:23).

2.4 Multiplicidad de identidades

Se puede hablar en términos contemporáneos de una explosión de las identidades adjetivadas: culturales, personales, étnicas, nacionales, de género, juveniles. En todas estas formas en que se enuncia la identidad hay elementos comunes y que permiten el uso constante de la categoría como elementos recurrentes en la relación con el espacio urbano.

Por un lado, un elemento central es el de unicidad, es en este sentido que es posible remitir el término a la idea de "self" o del sí mismo. Es una ubicación dentro de un mundo social y el resultado de un proceso de situar aquellos rasgos que son distintivos, sea de una persona o de una clase, en el sentido lógico del término.⁴ Estos rasgos son múltiples, lo cual señala la pertenencia a una gama amplia de identidades posibles, situacionalmente localizadas. Un tema contemporáneo relacionado con esto es el de la manera en que un conjunto de adscripciones pueden ordenarse o relacionarse entre sí. Se puede pensar en un esquema en donde estas se ordenan de manera jerárquica, de

³ Ramirez, J.M. 1999, pp.165

⁴ Devereux, 1985, pp.38

mayor a menor relevancia, y esto daría una suerte de 'mapa' de la configuración personal o social. En este sentido habría elementos con mayor peso, por llamarlo así, que ubican el conjunto de adscripciones periféricas (Zavalloni, 1980), existiendo una suerte de compromiso de las adscripciones menos relevantes en relación con las de más importancia. El otro extremo del continuo se situaría una concepción de la identidad en dónde concepciones de sí mismo podrían sucederse unas a otras sin mayor conflicto o contradicción entre ellas. Es el caso de cierta visión posmoderna que plantea la existencia de una amplia gama de modelos posibles de individuo o persona, accesibles desde los medios de comunicación, a partir de la cual el yo contemporáneo se estructura a la manera de un caleidoscopio en donde cada situación convoca una identidad particular (Gergen, 1992). Se trata aquí de la idea de un individuo, y un entorno cultural, para el cual no existen ya compromisos comunitarios o normatividades fuertes que sancionen distancias frente a modelos tradicionales. Del mismo modo, en esta sobreabundancia de posibilidades para el yo o el self no sólo se exceden las normatividades sociales, sino que también hay una redefinición de los límites de aquello que se consideraba como natural en relación con la naturaleza del cuerpo o la expresividad corporal natural. De aquí que algunas de las discusiones sobre identidades en ciertos grupos etarios, principalmente, los juveniles, sean sobre la escenificación de la diferencia a través del cuerpo (tatuajes, peinados, ropa; en fin, lo que ha sido llamado "la facha"). Igualmente, frente a esta sobreabundancia de recursos adscriptivos es posible pensar que la elaboración de referentes no sólo se remite ya a los contenidos de éstos (qué se es) sino a las modalidades cambiantes de acceso a

estos referentes, es decir, las prácticas que pueden dar acceso a ellos (un cómo se es, a partir del consumo, uso de espacios, pertenencias grupales), o bien dimensiones más amplias como lo puede ser la misma idea de velocidad o transformación acelerada. Por otra parte, pensar la identidad no sólo como atributos elegidos con relativa autonomía por el individuo, sino en términos culturales, lleva la discusión al ámbito de los sistemas de pensamiento dentro de los cuales se desarrolla una dinámica de socialización. En este sentido se ha definido a la identidad como “una construcción de sentido social, como una construcción simbólica”, constituida por las dimensiones de la permanencia, la distinción frente al otro y la semejanza entre dos elementos (Aguado y Portal, 1991). Frente a la diversidad tanto de identidades posibles, de acuerdo con lugares sociales, como de niveles de identidad, jerárquicamente constituidos, los autores proponen la existencia de un principio ordenador dentro del cual se ubican estos elementos, denominado como ideología. Entendiendo ideología tanto en su acepción de visión del mundo fragmentada, y como conocimiento capaz de reproducirse a partir de prácticas aisladas que son vistas como naturales. Proponen igualmente que la ideología se muestra de forma clara al imbricarse dentro de las dimensiones tiempo-espacio como principios que estructuran la vida colectiva. Estas dimensiones proporcionan consistentemente marcos de acción dentro de los cuales se fraguan referentes eficaces para dotar de sentido a las acciones de sujetos y colectividades. La idea de unidad construida a partir de apelar a una identidad común, sin bien seductora, no deja de presentar puntos cuestionables. Tal sería el caso de pensar a la identidad

construida sobre el marco de la heterogeneidad y la discontinuidad, y no necesariamente sobre lo opuesto. Los actos de poder que borran las distancias individuales y las diferencias internas serían también constitutivos de una noción de identidad con fines instrumentales y estratégicos (Díaz, 1993). Esto permite pensar que dentro del proceso de elaboración de una identidad colectiva se libran batallas tanto al interior de una colectividad para establecer cuáles son los referentes que la representan y, al mismo tiempo, los usos que esos referentes establecidos puedan llegar a tener en diversas arenas políticas. Usos que no necesariamente se corresponden con los valores originales asignados a esos referentes, ya que aquello pensado como emblema puede ser usado como estigma en las disputas entre identidades auto y hetero adscritas.

Otra perspectiva sobre la identidad cultural se desarrolla con un énfasis en el desplazamiento, la migración, el postcolonialismo, en suma, con la idea de ruptura. Aquí la cultura en primera instancia podría verse como un conjunto de valores, prácticas y formas simbólicas estables y ancladas al territorio original, de manera que la identidad cultural supondría recrear ese territorio primigenio en otro contexto, con la finalidad de mantener las referencias fundacionales de un grupo o bien con fines de posicionamiento político. Con todo, una postura crítica sobre esta visión de la identidad como una gama de valores esenciales es realizada por Stuart Hall (1990) a propósito de la diáspora. Aquí plantea que existirían dos maneras de pensar la identidad cultural. La primera hace referencia a pensarla como una cultura compartida, a partir de yo verdadero, que habría que buscar y recuperar para saber quién se es en realidad. Tal imagen de “la verdadera cultura de pertenencia” ofrece una manera de dar una

coherencia imaginaria a la experiencia de dispersión y fragmentación, que es de hecho la historia de las diásporas forzadas. Esta postura ha tenido una función política muy clara de apelar a un pasado común ahí donde el “otro” niega capacidad de interlocución (el ejemplo desarrollado por el autor se refiere a la idea de negritud propuesta por el senegalés Leopold Senghor en el contexto del panafricanismo de los años 60). En una segunda manera de pensar la identidad cultural el énfasis está puesto en “convertirse” más en que en “ser”, ya que involucra relaciones cambiantes de poder, cultura e historia. En este sentido “las identidades culturales son los puntos de identificación, los inestables puntos de identificación y sutura, que son creados dentro de los discursos de historia y cultura. No son una esencia , sino un posicionamiento. Así, existe siempre una política de la identidad, una política de la posición, que no está garantizada en ninguna ‘ley de origen’ trascendental.” (p.226). Siguiendo a Stuart Hall (1996) un primer elemento a considerar es el de la identificación, pensada como una construcción o un proceso nunca acabado de articulación, de sutura, respecto a un otro o diferencia, en donde hay que llevar a cabo un trabajo discursivo de reunir y marcar límites simbólicos. Requiere aquello que es dejado fuera, un afuera constitutivo, para consolidar el proceso. Enfocando el tema de esta manera, se puede afirmar que la identidad no remite a características esenciales en el sujeto, sino a contextos y situaciones de identificación que pueden ser trazados históricamente. Esta ubicación es relevante en la medida en que las identidades se forman a través, y no sólo afuera, de la diferencia. “A través de su formación las identidades funcionan

como puntos de identificación y vinculación, sólo a partir de su capacidad de excluir, de dejar fuera. Toda identidad tiene su 'margen', un exceso, un algo más. La unidad, la homogeneidad interna, que el término identidad trata como fundacional no es una forma de natural de clausurar, sino es construido, toda identidad nombra como necesario a un otro, por silenciado o innombrable que fuese, a aquel que 'falta' (p.5)". Un aspecto interesante en este abordaje es la perspectiva de que la identidad no sólo es del "uno", sino también del "otro", y se trata de un proceso de construcción recíproca mediado por el poder y la historia. Restaría entonces mirar con igual intensidad a los otros significativos frente a los cuales se elaboran los referentes indispensables para establecer identificaciones y distancias.

3

Identidad Urbana Socio-espacial

3.1 Vivir y apropiarse del espacio

Roger Brunet (1990) define cómo los seres humanos se relacionan al espacio a través del actuar concreto: El apropiarse del espacio, explotarlo, habitarlo, intercambiar y generar una reproducción simbólica en él, como las formas básicas bajo las cuales toma contenido la relación espacio/sociedad. Así, esta forma nos permite situar campos de intervención humana sobre el espacio, los que pretenden dar cuenta de la totalidad de la actividad humana como la conformación identitaria. ¹

¹ Brunet, Roger ,1990, Géographie Universelle, tomo 1: Mondes Nouveaux, GIP-Reclus, Belin, París.

Marc Augé (1993) define al lugar según los antropólogos a aquellos espacios El Espacio Urbano Como Ámbito de Construcción Significante. Los espacios físicos que conforman a nuestras ciudades son integras de una historia específica, de un mundo particular, un mundo con una imagen que poco a poco y colectivamente se va erigiendo con la interacción de sus habitantes en tomo a los espacios que ahí se encuentran. Es así como los espacios donde confluyen las personas van detonando un proceso urbano para que lentamente ese espacio se convierta en un lugar distinguido entre los demás, y así, tome tintes característicos a otros, lo cual también ser un centro de referencia y de representación para algunos grupos e inclusive para la población de la ciudad. Vivir en la ciudad, es reconocerla, recorrerla, vivirla e interiorizarla a través de sus espacios, está a la vez es representada y proyectada por los grupos sociales que la conforman además de habitarla como tal o de forma temporal. La forma en que sus habitantes en el accionar de sus prácticas sociales hacen uso de ella (a través de sus espacios) provoca que constantemente la usen como un puente de interfase que permite el intercambio de información para construir y reconstruir la imagen urbana de un lugar.

Así, un espacio físico representado también en un escenario urbano se manifiesta como un lugar donde se propicia la construcción de lo simbólico y que inmiscuye ser depositario de la producción de las costumbres y de la recreación cultural de sus habitantes que se insertan en estos escenarios a través de grupos sociales (bajo cierta categoría social: jóvenes, adultos, mujeres, hombres, etc.), decodificando y reconociendo las representaciones sociales que le provoquen ese espacio. Los espacios urbanos significativos no sólo se

reconocen por sus cualidades estéticas, sino que se extienden hacia el reconocimiento de las expresiones que en estos subyacen por medio de las imágenes, produciendo desde una determinada mentalidad urbana, hasta porque no, una identidad social en los grupos sociales que los frecuentan y se apropian de ellos.

El ser humano como ente social produce a la vez que contempla imágenes para él, también lo hace para otros. Es por lo cual que la imagen es la parte del pensar que hace o provoca el confluir con los demás, carece de palabras, esos otros lo identifican y lo saben, sin embargo, es difícil darle una explicación tajante; los individuos de un grupo de jóvenes lo pueden sentir y experimentar, más, tal vez, no lo puedan nombrar, es decir, palparan algo real que por su complejidad subjetiva será difícil de comprender en esencia. La importancia de lo imaginario resalta así, en ser una parte del proceso del pensamiento individual y social (colectivo) que afecta a los mecanismos de simbolización de lo que nos toca ver, oír y sentir como realidad (desemboca en los sentimientos, en lo afectivo, incrustándose en todos los ámbitos cotidianos de nuestra actividad social).

Los espacios físicos como escenarios urbanos en su constante proceso de urbanización aparecen como lugares contruidos y distribuidos por sus habitantes que les dan uso y significado; se piensa en ellos y se encuentran presentes cómo imágenes en el pensamiento del individuo, grupo o sociedad. Este proceso permite la construcción de significados que, a fin de cuentas, tenderán a ser compartidos entre los miembros de uno o varios grupos que

hagan uso de estos espacios a través de lo esté le represente a ellos. La relación que mantiene así un individuo y un espacio urbano determinado se traduce en un encuentro subjetivo entre ellos, lo cual esta hecho por la edificación de redes simbólicas en constante construcción de aspectos socializantes e identitarios de los individuos y grupos. Es así entonces, como el individuo urbano se hace un sujeto capaz de desenvolverse en esté ámbito, es en la medida que soluciona los distintos ajustes sociales con otros grupos que le brindan ese ser urbano en una ciudad específica; estos convenios sociales entre los individuos pasan obligadamente por la escena territorial de algún espacio urbano en donde encontramos a los jóvenes principalmente. Lo relevante en este proceso entonces es: el uso del espacio urbano por los jóvenes, se toma como un punto de origen o referente al pasar a un segundo término cuando este se convierte en un lugar de expresión urbana, y espacio identificador de grupos urbanos cómo son los que conforman en los entornos urbanos.

3.2 La territorialización del espacio en la identidad.

Hasta el momento se ha reiterado el planteamiento de que uno de los rasgos preeminentes de la identidad es elaborar una definición de sí mismo, una colectividad o un grupo, a partir de referentes que son apropiados desde un proceso de identificaciones ubicados temporal y espacialmente. En este apartado se busca ahora profundizar en la discusión sobre los contextos espaciales en que se forman y expresan las identidades.

En una frase afortunada se afirma que el espacio es como el aire que se respira, está siempre alrededor, es una atmósfera inevitablemente presente.² Y no sólo

² Da Matta, 1994, 38
Universidad Autónoma Metropolitana

opera como atmósfera sino como marca expresiva de un orden social que puede leerse a través de la manera en que el espacio es ordenado, marcado, usado, segmentado a través de límites que producen fronteras con interiores y exteriores. De acuerdo con el mismo autor el espacio es indisociable de la noción de tiempo ya que las unidades de tiempo sólo pueden ser visibles al estar ligadas a alguna actividad social bien marcada, que ocurre en espacios distintos y relacionados, de manera que existe un sistema de contrastes o de oposiciones en el espacio, que da lugar a la constitución del espacio como cosa concreta o visible. De esta forma el espacio se encuentra sujeto a una estructuración social que corre al paralelo de la temporalidad: sea tiempo de trabajo y de ocio, cada cual con sus propios ámbitos; rutinas diarias y situaciones extraordinarias. De igual modo, el espacio remite a una “esferas de significación social que hacen algo más que separar contextos y configurar actitudes. Contienen visiones del mundo o éticas que son particulares. No se trata e escenarios o máscaras que un sujeto usa o deja de hacerlo – a lo Goffmann -, sino de esferas de sentido que constituyen la propia realidad y que permiten normar el comportamiento por medio de perspectivas propias” (p.41). Podemos recordar el exhaustivo análisis que hace Bourdieu,³ de la casa kabil como una forma de encontrar principios que estructuran la vida social a partir de la disposición, características y uso de las diversas áreas al interior de la vivienda, o la distinción que hace Da Matta entre la calle, la casa y otro mundo, como el reconocimiento de que la segmentación de espacios también refiere a

³ Bourdieu, 1991, 87

un orden simbólico de mucho mayor alcance. En la misma línea, el conocido trabajo de Augé⁴ propone la idea de lugar antropológico como aquel que es capaz de dotar de un espacio de referencia amplio a una colectividad a partir de características como el ser identificador, relacional e histórico (p.58). Estos elementos permiten fijar actividades sustantivas de la vida social a un territorio, de manera que este no podría ser confundido con otro o generar los mismos sentidos. Es también posible plantear que si tiempo y espacio son principios organizadores de la vida social habría que pensar cómo, a su vez, una cierta estructuración económica, social, cultural de la sociedad podría incidir en estas dimensiones constitutivas. En este caso sería pertinente entonces abordar el tema de la modernidad como contexto socio cultural en que se produce el tiempo-espacio contemporáneo. Entre las características consistentes de la modernidad se señalan: ruptura con los tipos tradicionales de orden social, cambios acelerados, el mismo alcance de estos cambios (planetarios), naturaleza de las instituciones modernas, nuevo significado de la seguridad y confianza frente al peligro y riesgo. La velocidad y alcance de los cambios sociales produce igualmente una amplia pluralidad de estilos y modos de vida que tienen la característica de no compartir el mismo sistema de valores. La incertidumbre emerge de este modo en un contexto de persistente fugacidad, esto no sólo remite a una suerte de ethos contemporáneo, atañe también a la naturaleza de las instituciones sociales que son vistas ambiguamente como garantía de un orden vulnerable⁵ (Lindón, 2001).

⁴ Augé Marc, 1993, pp. 65

⁵ Lindón, 2001, pp. 87

Una característica significativa es también la separación del tiempo frente al espacio en el sentido de emergencia de formas de señalar el espacio sin referencia a un lugar particular, como categoría vacía, permitiendo así la reemplazabilidad de unidades espaciales (Giddens, 1990). Una mirada semejante sobre el mismo proceso es aquella que pone el acento en la desterritorialización como separación entre espacio y lugar (como asentamiento físico de una actividad). La difusión de patrones de consumo, estilos de vida, valores sociales hace pensar que estos no son ya propios de un solo sitio o sociedad, son prácticas que no se corresponden con una localidad determinada. Esto ha sido denominado ya como sociedad red o informacional en donde una de las preguntas que emergen es cómo conviven entre sí un espacio de flujos globalmente integrados y un espacio de lugares localmente fragmentado (Borja y Castells, 1998). Frente a este modelo visto desde la óptica de los grandes procesos sociales se podría también pensar en invertirlo y formular la relación desde una perspectiva basada en la localidad. Siendo así, la pregunta pertinente en relación con este paisaje de la modernidad sería la de ¿cómo se articula en cada caso el espacio tiempo de la localidad con los procesos de abstracción universalista tendiente a vaciarlo de sus formas? (Cruces, 1997). Se estaría hablando entonces de estrategias de buscar una integración, construida desde las prácticas y el discurso, de nociones fundamentales para localidad en donde los propios actores puedan reconocerse desde una situación particular ante los otros, es decir, se estaría hablando de formas de producción de dimensiones identitarias.

Este contexto de modernidad no es reconocido usualmente de manera explícita al trabajar la identidad en ámbitos acotados, ciudad, barrio, vida cotidiana. Sin embargo es un referente que se vuelve implícito en lo que se ha realizado en la investigación con orientación empírica y que tal vez al retomarlo con mayor intensidad pueda hacer avanzar la discusión hacia otros temas o densidades de análisis. Del mismo modo, se ha emparentado la idea de modernidad con la de globalización, en mucho impulsada por los trabajos de Giddens y Hannerz, faltaría ahora pensar la modernidad desde los espacios locales o etnografiables y así averiguar como se ubican sujetos y colectividades frente a las dimensiones económicas y culturales del cambio. Recuperando el tema del apartado, se puede proponer que para llegar al tema de la ciudad y la identidad, parecería pertinente iniciar haciendo una referencia a ámbitos territoriales más amplios como lo pudiera ser la aproximación a la región cultural. Para Claudio Lomnitz (1995) “Una cultura regional es aquella cultura internamente diferenciada y segmentada que se produce a través de las interacciones humanas en una economía política regional. Los diversos ‘espacios culturales’ que existen en una cultura regional pueden analizarse en relación con la organización jerárquica del poder en el espacio. Una cultura regional implica la construcción de marcos de comunicación dentro y entre los grupos de identidad, marcos que a su vez ocupan espacios” (p.39). Dentro de esta escala de análisis se propone igualmente la existencia de una “cultura íntima” para designar una cultura de clase social mediada por el ambiente regional, así se mantiene una doble especificidad: la de la posición social de los sujetos al tiempo en que se les ubica en un contexto espacial particular. Igualmente el termino íntimo remite a “las

comunidades de clase (colonias, poblaciones, grupos que comparten los mismos espacios de trabajo o recreación) como a la cultura del hogar” (p.46). Esta cultura íntima se correspondería a la esfera en donde se gestan y practican los referentes identitarios. Esta aproximación recrea la idea de cultura en un marco espacial a la manera de círculos concéntricos en donde la escala mayor contiene a unidades de menor alcance. Con todo, quedaría tal vez por precisar de qué manera se da el vínculo complejo entre diferentes esfera, y más aún, de qué manera una persona o grupo puede interactuar en diversos círculos de manera sincrónica. Otra visión sobre la región y la cultura propone que “la región sociocultural puede considerarse en primera instancia como soporte de la memoria colectiva y como espacio de inscripción del pasado del grupo que funcionan como otros tantos ‘recordatorios’ o ‘centros mnemónicos’ ”, también se le puede entender como un espacio geosimbólico cargado de afectividad y significados (Giménez, 2000:38). Sin embargo, esta dimensión regional parece más atender a la escala del espacio, su tamaño, que a la manera en que distintos cruces culturales pertenecientes a un mismo ámbito de sentido, el territorio compartido, crean referentes identitarios complejos.

Tal vez una mirada sobre la ciudad proporcione mayores elementos. A este respecto se puede reflexionar a partir de dos trabajos de investigación relativamente recientes que indagan el tema de la identidad en espacios acotados de la ciudad de México. El primero de ellos (Safa, 1998) aborda el caso de la Delegación Coyoacán. El centro de interés del trabajo son las identidades vecinales entendidas como construcciones simbólicas formadas desde la

experiencia del sujeto y visibles en una arena social de disputa sobre la apropiación del territorio. En relación con la idea de vecindario se apunta la idea de que han dejado de ser comunidades homogéneas y más bien son ámbitos donde activan procesos sociales de control sobre el espacio cercano. Es en este ámbito que la identidad vecinal es definido como “una representación y una práctica de pertenencia a un lugar – un antiguo pueblo, un barrio, una colonia – a partir de las cuales se definen los límites y fronteras – reales o imaginarias – de un territorio que, desde el punto de vista de los sujetos, posee una identidad que lo distingue de otros territorios. La formación de identidades vecinales es el resultado de un proceso de construcción histórica que, a su vez, es constructor de la realidad física-geográfica y de la sociedad que forma parte” (p. 59). El trabajo reconstruye la historia de la delegación política y documenta conflictos entre residentes que se proponen a sí mismos como originarios y los recién llegados para mostrar como la reconstrucción de la historia local puede ser usada como un argumento de legitimidad de las propuestas respecto a modificaciones o conservación del entorno. Se trata de un trabajo que reconoce a la identidad como un recurso que se moviliza en confrontaciones frente a otros, y que se encuentra vinculado a procesos de organización social. Esta visión de la identidad como elemento constitutivo de organizaciones y movimientos sociales se encuentra vinculada con la visión de Manuel Castells (1999) respecto a la identidad colectiva que se forma en un contexto de poder y resistencia. La segunda experiencia de investigación sobre la ciudad de México la constituye la realizada por Mariana Portal (2001) y se refiere a unidades residenciales y de vida dentro de la delegación Tlalpan, como lo son el pueblo,

el barrio y la unidad habitacional. Aquí se busca el contraste entre estos diferentes espacios. Se señala que en el caso del pueblo “el territorio representa uno de los ámbitos en que se sintetiza la memoria colectiva del pueblo y el anclaje fundamental desde donde se incorporan a la ciudad” (p.21), la configuración de un paisaje que sirve como punto de referencia para saber donde se está, lo mismo que las relaciones de parentesco y la capacidad de organización social son elementos constitutivos del espacio local y forman la constelación de referentes que permiten la identidad social de los habitantes. En el barrio que se analiza es la pertenencia a la categoría de obreros (que conlleva la evocación de la fábrica ya ausente) y la referencia a la iglesia local, incluidas las festividades que se organizan desde ahí, lo que mantiene vivo una frágil sensación de pertenecer a un espacio común. Por último la unidad habitacional se caracteriza por la ausencia de las dimensiones que resultaron relevantes en los dos contextos previos. Ausencia de una historia recordada en común y de una centralidad colectiva que pueda organizar la vida social en el conjunto habitacional. Pareciera ser entonces que en esta experiencia de investigación los espacios tradicionales, en los que se inscribe una historia y una centralidad, fueran centrípetos y convocaran hacia sí mismos una vida social intensa, y los espacios recientes se encontraran en una lógica centrífuga en donde no hay referentes simbólicos fuertes dentro de ellos.

3.3 Identidad y espacio habitado

En este sucinto recorrido por algunos de los escenarios en los que se ha abordado el tema de la identidad un elemento que aparece con claridad es la

existencia de una tradición de investigación en donde ésta aparece referida al espacio habitado. En este caso lo urbano o la ciudad es abordada desde un recorte metodológico en el que alguna de sus áreas es estudiada con intensidad y se le confiere singular relevancia al entorno residencial. Ambas características son ampliamente argumentables desde múltiples frentes: la tradición antropológica que enfatiza la idea de comunidad, la escala de las ciudades contemporáneas, la persistente idea de lo cercano cómo el ámbito en el que se producen las socializaciones significativas, la organización como momento en el que se muestra y recurre a las señas identitarias.

Otras rutas menos transitadas por la antropología para abordar la identidad en relación con el espacio requerirían considerar de manera amplia dos temas significativos, uno de ellos sería el del espacio público tanto en su aspecto de lugar de encuentros, como en el de dimensión comunicativa en la ciudad, y, el otro, el de la constitución del lugar o localidad.

En cuanto al primer tema se podría señalar el creciente interés por abordar la manera en que los espacios abiertos y accesibles crean una imagen de la ciudad que es elaborada desde el tránsito, el contacto entre extraños, la puesta en juegos de reglas de socialización implícitas en la situación, la fugacidad como temporalidad, no de la ciudad, sino de la manera de transitar por ella. Se trataría en este caso de pensar a la ciudad no como un conjunto de espacios vividos y apropiados, sino como un sistema de interacciones sociales que sólo podrían ocurrir de una manera determinada en un contexto que ineludiblemente oscila entre lo anónimo de los encuentros y lo previsible de la situación. Pensar a la ciudad como un gran teatro no es descabellado a partir de

los trabajos de Erving Goffman, Richard Sennett o de Isaac Joseph (1988), en donde la vertiente de espacio público y estrategias de interacción crean sofisticadas formas de exclusión o inclusión, de reconocimiento y distancia, sinceridad y representación. En esta vertiente, clasificable como microsociológica o del interaccionismo simbólico, es el individuo quien está en el centro del espacio público, haciéndolo posible desde sus rutinas y anticipando las rupturas. Así, el espacio público es el lugar de posibilidad de lo social y la socialidad. La anticipación a la interacción frente a otros construye identidades virtuales en la medida en que se asignan características personales previas a la experiencia (Goffman, 1978), o bien la multiplicidad de formas presentación del sí mismo que pueden suponer una escena principal o una región posterior (1980), a partir de estos planteamientos es posible reflexionar sobre maneras de hacer frente a una situación propia del espacio urbano en la que el individuo tiene que validar su yo o visión de sí mismo. Sea en reiterados contactos cara a cara o a través del contacto con medios de comunicación el yo tiende a buscar puntos de referencia y autosustentación. Lo que en ciertas temáticas posmodernas parecería ser el yo en asedio y seducido (Gergen, 1992) en Goffman es la defensa de la estabilidad. Con todo, como bien señala Hannerz (1896, p. 260) una crítica posible es la ausencia de una visión de mayor alcance sobre el proceso de construcción social del yo. La incesante relación dinámica entre diferencia-indiferencia en la ciudad es un tema al que recurre Richard Sennett para analizar una de las texturas del espacio público en la ciudad contemporánea. La manera de diseñar espacios públicos, plazas, calles,

lugares de encuentro, es también una manera de diseñar contacto sociales que se gestan desde la misma corporalidad, es decir, capacidades de ver, percibir, manejo de distancias. El papel del individuo en la ciudad se podría analizar desde su capacidad de movilidad y contacto con los otros, en donde, los dispositivos urbanos de transporte y encuentros se forman desde la lógica de la dispersión y el aislamiento.⁶ Otra de las facetas relevantes de lo público atañe a la manera en que esta dimensión es elaborada desde medios de comunicación, y cómo esto se vincula con la noción de ciudad comunicacional. Se ha reconocido que la esfera de lo público remite a “el ámbito de participación en las decisiones colectivas, en un plano de igualdad y solidaridad cívica. Lo político-público significa discusión, debate, participación, deliberación, voluntad y opinión colectiva” (Rabotnikof, 1998). Este conjunto de atributos vinculados a la noción de esfera pública se encuentran actualmente expresados en los medios de comunicación, más que en los encuentros cara a cara en espacios acotados. Agendas políticas, agendas urbanas, manifestación de opiniones, testimonios de primera mano, votaciones “democráticas”, todo ello pasa por el tamiz de los medios de comunicación. Y no se trata sólo de una esfera pública que ventile temas asociados con la imagen ortodoxa de la política, como partidos y votaciones, también configura visiones del y sobre el mundo, creando así un complejo sistema de representaciones sobre lo propio y lo ajeno, lo cercano y lo lejano⁷. Es en este contexto que se ha reconocido que una tarea para la antropología es la de “comprender de qué manera se emplean los medios de

⁶ Sennett, 1996, pp. 38

⁷ García Canclíni, 1995, pp. 125

comunicación en la práctica rutinaria y extraordinaria de crear e impugnar representaciones de uno mismo y de los demás” (Dickey, 1997, p. 6). La noción de ciudad comunicacional refiere a que “los circuitos mediáticos adquieren más peso que los tradicionales lugares en la transmisión de informaciones e imaginarios sobre la vida urbana, y en algunos casos ofrecen nuevas modalidades de encuentro y reconocimiento” (García Canclini, 1999, p. 171). Lo novedoso en este caso es la visibilidad de espacios sociales no desde la experiencia y la memoria sino desde su construcción simbólica apelando a los recursos expresivos de medios y géneros comunicativos.

En lo hasta aquí expuesto los escenarios vinculados al espacio en que se muestra y constituye la identidad son variados y abarcan desde lo regional hasta lo local, o bien en otra escala, se constituyen en lo situacional del espacio público. En todos estos recorridos una noción persistente es la referida a lo local, también enunciada como lugar. Estos términos no tienen una correspondencia precisa con delimitaciones geográficas o políticas, a la manera en que lo tienen las denominaciones de municipios, colonias, e incluso barrios. Son en primera instancia sedes de actividades sociales de algún tipo: residencia, comercio, industria, recreación y les corresponde, aunque no necesariamente, una forma física que los contiene aunque con límites imprecisos: barrio, colonia, poblado, ciudad. Se afirma que no necesariamente están inscritos en una forma física ya que se puede tratar de lugares que sean puramente interactivos, en donde el contexto físico como tal no sea estrictamente relevante. Sería el caso de encuentros y relaciones en lugares públicos donde el acento está puesto en los

participantes y la situación; el contexto sería sólo genéricamente relevante –el afuera, la calle- y se trataría tal vez de una experiencia primordialmente fenomenológica. En una perspectiva cognitiva se puede igualmente definir el lugar en términos de la ubicación de una acción y como suma de experiencias, en donde habría tres componentes fundamentales: actividades que ahí se realizan, propiedades físicas del entorno y la evaluación de ambos (Canter, 1978). En este acercamiento la actividad y las características físicas serían indisociables del mismo lugar ya que éste es evaluado consistentemente en términos de preferencias, satisfacción, comprensión o legibilidad. Siguiendo estos acercamientos que enfatizan una dimensión evaluativa -perceptiva en tanto que realiza una síntesis de diversos elementos, ha indagado sobre la identidad del lugar (Proshansky, et. al. 1983). El punto de interés radica en analizar cuáles de las características de un asentamiento son percibidas como rasgos irreductibles y cuáles compartidas, igualmente se plantea que en constante relación con el proceso de socialización rasgos del lugar pueden llegar a formar parte de la definición del sí mismo a nivel individual o colectivo. Así, existiría una identidad compartida entre espacio y colectividad a partir de rasgos significativos experimentados de manera común.

La legibilidad del espacio es también relevante en este proceso. De acuerdo con Kevin Lynch (1984) la legibilidad se puede entender como la capacidad que tiene este de suscitar una imagen nítida de los elementos que lo componen, y se integra a los procesos que permiten desarrollar una imagen de la ciudad. Es posible pensar también que la legibilidad es relevante, aunque no suficiente, en el proceso de generación de una identidad social que toma como punto de

referencia al lugar. Pueden existir lugares con una gran claridad en su forma y diseño y, sin embargo, no contener rasgos que sean reconocidos como pertinentes y significativos para la conformación de una identidad social con elementos ambientales, ya que se les adscribe a un orden espacial en donde no hay diálogo con los entornos que entran en el rango de visibilidad de una colectividad, serían “otros” no significativos. Los rasgos o categorías del medio ambiente que pueden ser integrados como parte de la identidad social urbana son de naturaleza variable. Atañen, entre otras dimensiones, a la vida social (solidaridad, redes sociales fuertes), a la existencia de rasgos en el ambiente a través de los cuales se sienten representados (orden, limpieza), o bien a la presencia de elementos físicos que adquieren un carácter simbólico y emblemático (puntos de referencia a nivel local). En otra forma de definir lo local, o una cultura local, vuelve la imagen de la comunidad, fantasma fundador de la antropología urbana. De acuerdo con Featherstone (1995) “una cultura local es percibida como algo particular opuesto a lo global. Por lo general se refiere a la cultura de un espacio relativamente pequeño y limitado en el cual los individuos que viven ahí entran en relaciones cotidianas cara a cara”. El énfasis se pone en lo habitual y estable de la cultura cotidiana en la que participan los individuos. Los límites de la localidad, a su vez, son relacionales ya que toman como referencia otras localidades significativas, que pueden ser contiguas, frente a las cuales ponen distancias y acentúan rasgos particulares. Los límites no son sólo de orden territorial, también implican un contacto continuo con los otros, lo cual puede derivar en el fortalecimiento de los rasgos

que constituyen la identidad del lugar y los habitantes. Sin embargo, esta necesaria auto afirmación que suponen los cruces y relaciones también pone en evidencia un aspecto probablemente crucial de la localidad contemporánea: su fragilidad. Esta fragilidad se muestra tanto en las continuas estrategias de producción de la localidad como en la recurrente sensación de pérdida del sentido del lugar. En las investigaciones ubicadas en ámbitos acotados se afirma que es el tiempo transcurrido en común aquello que permite formar una memoria colectiva que da estabilidad y sentido permanencia a un grupo (ver Halbwachs, M., 1968), lo mismo que permite formar estrategias y pequeños rituales de sociabilidad entre los residentes y usuarios de un lugar. La sociabilidad, como la forma lúdica de la socialización, o democracia de iguales como la pensaba Simmel,⁸ permite no sólo dar la forma en que se establecen relaciones interpersonales, sino crear un ámbito interactivo no instrumental por fuera de relaciones normadas socialmente (trabajo, instituciones), sería el terreno más propicio de creación de lo social. Esto remitiría a la centralidad de lo cercano, localidad o lugar, en la conformación de nociones de uno mismo y los otros, que son particularmente relevantes en la gestación de identidades individuales y sociales. Otro elemento interesante que participa en la creación de la localidad es la reconstrucción que se hace de ella, no desde la memoria colectiva, sino desde las nostalgias sociales. Featherstone (1995) apunta que en condiciones de modernidad la evocación de tiempos y espacios en el pasado tiende a otorgarles una sencillez, coherencia y consistencia que el presente no tiene. De manera que habría que tener cuidado en asumir que la localidad

⁸ Simmel, 1971, pp 76
Universidad Autónoma Metropolitana

siempre es una unidad social plenamente integrada. En relación con los límites de la localidad Appadurai (1997) plantea un punto de vista relevante en el sentido de que la localidad, o comunidades situadas, son contextos que al mismo tiempo requieren y producen contextos. Son contextos en el sentido de que proporcionan el marco en el que pueden originarse y realizarse acciones humanas significativas. A su vez estas acciones adquieren sentido al relacionarse con otros ámbitos de sentido o contextos, es decir, requieren y producen contextos frente a los cuales se forma su propia inteligibilidad. Así las localidades son ámbitos fuertemente relativos a otros, no únicamente en su vertiente espacial, sino también en términos de sentido y significado. Esto plantea plenamente el tema de la producción de la localidad dentro de la discusión sobre permanencia y transformación cultural en situaciones de jerarquía y poder. Las dimensiones que reconoce Appadurai en relación con las luchas en la producción de la localidad son: 1) el continuado incremento de los esfuerzos del estado nación para definir todas las localidades bajo el signo de sus formas de apoyo y afiliación , 2) la creciente distancia entre territorio, subjetividad y movimientos sociales y colectivos, y 3) la continuada erosión, debida principalmente a la fuerza de las mediaciones electrónicas, de la relación entre localidades espaciales y virtuales. De acuerdo con lo reseñado en este apartado los escenarios de la identidad no podrían considerarse sólo anclados al territorio, tampoco estarían totalmente insertos en las relaciones simbólicas a distancia ya que requieren de un contexto de interpretación generado en pautas de socialización cara a cara, más bien son escenarios complejos y cambiantes en

donde el individuo y la colectividad transforman continuamente sus ubicaciones de acuerdo a identificaciones inestables. Abordar el tema de la identidad sería una estrategia para analizar el sentido de lo urbano y los diferentes tipos de localidad o lugares que coexisten en ella. Así el interés no radicaría en la identidad por sí misma, que de suyo es interesante, sino como posibilidad de ahondar en la experiencia de la ciudad desde un “lugar” simbólico particular: el individuo, el grupo y sus referentes de adscripción y distancia.

4

Procedimientos metodológicos

Interpretación cualitativa

4.1 Desde la mirada etnográfica

El tipo de investigación en su eje fundamental fue en su mayor parte interpretativo, es decir, cualitativo. El eje fundamental fue el registro directo de estos lugares, es decir, la observación participante a través de estas técnicas que me permitan una aproximación etnográfica. La etnografía desde una perspectiva clásica es “el estudio descriptivo y clasificatorio de las civilizaciones (costumbres, creencias, prácticas religiosas, instituciones, estructuras políticas y económicas, técnicas, artes, etc), en particular en las arcaicas, lo que supone trabajo y observación 'sobre el terreno' [...]” (Morfoux, 1985: 116). Si partimos de esta definición, nos encontramos con una mirada objetivante de la etnografía,

61

pero por demás ilustrativa de la evolución de este concepto, una visión clásica que tiene sus raíces en la Europa del siglo XIX, más específicamente en Inglaterra y Francia; como lo expresa Galindo (1998: 349): Africa y Asia se convierten en los terrenos de exploración y descripción preferidos, así como cualquier forma socio - cultural que aparezca como salvaje o no moderna. En ese momento [finales el siglo XIX, y primera mitad del siglo XX], Europa trata de rescatar sus raíces en la vida contemporánea de los otros, o sólo catalogar en formas museográficas aspectos extraños y pintorescos. De esta definición obtenemos varios elementos: la objetividad de la mirada, un observador acausal (que no afecta, ni es afectado), el trabajo de campo en el aquí y ahora.

La objetividad de la mirada, en la etnografía así concebida parte de la observación hecha por un sujeto ideal. Pues, desde una perspectiva clásica, es un sujeto que observa un objeto en una supuesta dicotomía que no existía y que nos empeñábamos en creer. Pero la idealidad de esta observación se ve interrumpida cuando podemos aceptar que las configuraciones del investigador como sujeto, nublan su descripción de aquello que ve, uno que otro prejuicio se evade, su intento de aprehender lo observado está pintado en una escala de grises. De ahí la importancia de su formación. Galindo nos dice: (1998: 350).

La etnografía depende menos de instrumentos de registro y medición que otras formas técnicas de investigación, aquí el investigador está en el centro, de su formación depende todo, la diferencia entre novato y experto es enorme y definitiva. Y continúa diciendo: El oficio depende del observador, ahí su enorme riqueza y su limitación. El etnógrafo requiere de tiempo para su formación, y sólo mejorará técnicamente con los años, con la experiencia

reflexiva de aplicar la mirada y el sentido una y otra vez en el ir y venir de la vivencia de percepción consciente, atenta y crítica.

El indagador, por más que quiera no es ajeno al contexto que observa, y éste no le perdona su presencia, percibe los efectos de su observación y se lo hace saber; existe entonces, una dialéctica, una mutua afectación recíproca de la interioridad y exterioridad en el paso del “uno” al “nosotros”, en las configuraciones que hacemos de los otros a partir de la imagen que nos regresa de ellos. Otro elemento de la definición anteriormente citada, es que dicha observación se realiza sobre “el terreno”. Esta característica es fundamental en la etnografía pues se trata de una observación fáctica de la cual el investigador es testigo. Pero también es testigo no sólo de lo que ve sino de lo que escucha, de los discursos implícitos, de lo que hay de latente en lo manifiesto, de las dinámicas subjetivas del discurso de los otros, de sus testimonios y sus actos. Así el oficio de la mirada y el sentido, se convierte también en un oficio de escucha desprejuiciada que va del sentido común y la opinión, a la escucha y la intuición analizada. Mirada y escucha son ahora las posibilidades de un indagador analítico.

El paso del sentido común a la intención indagadora es una revolución y una transición sutil. (..) representa un cambio de actitud frente al mundo, hacia el propio interior; ahora los significados serán puestos en observación, toda certidumbre será puesta en duda, la reflexividad se desarrollará al máximo, lo cotidiano será motivo de sorpresa y confusión. (Galindo, 1997: 63-64).

4.2 configuración del discurso etnográfico

La mirada se instaura como un objeto fundamental en la conformación del psiquismo. La mirada no es únicamente la función del ojo como visión, como órgano, pues su origen es la no correspondencia entre el objeto (ojo) y la pulsión³ (mirada); por eso a diferencia de los demás objetos no aparece como tangible y se sabe de ella por sus efectos. El ojo, además de ser el aparato coordinador del espacio, es un organizador pulsional, en tanto es cimiento para las posteriores identificaciones del sujeto y permite la estructuración del cuerpo a partir de su articulación con el lenguaje. La mirada está llena de significaciones y abre la dimensión de la reciprocidad: ver – ser visto; es lo que Lacan denomina afán de ver y de hacerse ver, pulsión escópica, nunca satisfecha que tiene aparentemente una meta pasiva, pero es activa desde el comienzo cuando el niño busca hacerse ver por la madre. Desde entonces, la mirada deja de ser algo numerable y se convierte en una instancia permanente, en una pulsión que insiste, que pugna, que empuja, que actualiza el hecho de que toda relación con el otro esté marcada por la necesidad de reconocimiento: ser para y por el otro, y existir en su aceptación.

La dimensión imaginaria en la cual se mueve la mirada, se actualiza en cada encuentro con el otro, más aún cuando ese otro es un grupo de miradas: sujetos que quieren ver y, de alguna manera, hacerse ver. El oficio del etnógrafo comienza muchas veces en la mirada dirigida hacia el otro, este ejercicio se realiza en silencio, permitiendo que la percepción registre la escena (configuración de un momento específico) y el escenario (contexto) del sujeto - objeto de la investigación. El etnógrafo debe reconocer la situación de

observación, pero necesita ir más allá para captar desde la escucha y la mirada el discurso del otro. El investigador debe agudizar la concentración en su mundo interior para escuchar y observar, entonces, realizar un viaje al mundo del otro y de este modo comprenderlo. No se trata solo de una mirada silenciosa y cautiva, pues en este contexto comienza a ser esencial todo lo que el sujeto percibe y escucha. Así, la mirada, la creación de imágenes, de mundos posibles se complementan en la armoniosa conjunción de la palabra (conversar). No sólo se ve, también se escucha, y aquello que vemos y describimos, pasa por el discurso que el otro ha construido a partir de la imagen que ha logrado configurar en nosotros. Los sujetos silenciosos hablan, expresan sus sentires, describen sus imágenes y las configuraciones de aquello que ven (la entrevista, historias de vida), actualizan sus vivencias en un acto de palabra esperando ser escuchados. Así tenemos dos direcciones, una dirección que es la mirada a la exterioridad desde la configuración de nuestra interioridad; la otra, una mirada hacia la exterioridad desde la interioridad de otros (entrevista, grupos de discusión, talleres).

Así entonces la etnografía más que una técnica, es una actitud (método) del investigador, éste en el trabajo con grupos debe tener en cuenta los efectos que tiene la mirada en el grupo, (p.e la ubicación espacial de sus miembros). En un trabajo analítico con grupos es de suma importancia permitir que todos los participantes puedan ver al coordinador y se puedan ver entre sí. Se opta por la disposición en círculo, que le da un carácter de simetría en cuanto a la posibilidad de participación de todos los miembros dentro del grupo, aunque se

conserva la asimetría en cuanto a las funciones (participantes - coordinador); además, la posibilidad de mantener un contacto visual reafirma el concepto de grupo. Pero, no sólo se describe, se hacen categorías, se buscan explicaciones, hacemos conjeturas de aquello que vemos y observamos. Se espera de nosotros que encontremos generalidades, que modelemos teorías sobre aquello que percibimos. En otras palabras que, analicemos. No sin razón, la etapa posterior a la descripción es el análisis y la interpretación.

En última instancia la etnografía desde una perspectiva analítica, es un proceso que va del entender, criticar, contrastar hasta el incorporar en la unidad dialéctica, sujeto- observador / sujeto - observado. Estos pasos no siguen una linealidad, son azarosos e inquietos, algunas veces simultáneos y otras secuenciales; se articulan de manera permanente en el proceso de investigación. El etnógrafo se aproxima al escenario, se deja capturar y así busca construir la escena en la cual configurará sus primeras aproximaciones. Quiere entender, aprehender la lógica interna del discurso (cuerpo, mirada) de los otros en su contexto. Pero, este etnógrafo no es impermeable, su historia le antecede. Así que para ir más allá de lo evidente, compara, relaciona, busca posibles nexos, comienza un proceso de extraer generalidades (síntesis) significaciones individuales y grupales que realmente interesen al sujeto/objeto investigado. En este ejercicio de criticar, él pone en relación su experiencia y discurso, con aquello que ve y escucha (el discurso y la experiencia de los otros). Estas relaciones internas, (con la escena/escenario específico) y externas (con otros contextos históricos vivenciados), proporcionan una nueva posibilidad, la construcción de otro mundo posible donde está implicado como observador.

Cuando se relacionan los discursos que entendemos y criticamos con otras dimensiones y experiencias, podemos decir que se llega a la contrastación. De esta forma comparamos los discursos con la experiencia en la realidad, en una lógica que busca los alcances y limitaciones de aquello que hacemos, es la posibilidad de ir del discurso (entender/criticar), a la experiencia (contrastar). Poco a poco, en algún momento, el menos esperado de este proceso, incorporamos, hacemos propio, volvemos cuerpo esas relaciones que hemos establecido con los otros.

Es necesario decir que con el cuerpo aprehendemos, capturamos, incorporamos una serie de información de la realidad, podemos tener entonces una apertura, una disposición para aprender, una forma de aprender, de comunicarnos, de relacionarnos. El investigador etnógrafo podrá transmitir esa disposición como un efecto de su hacer, al mostrar la forma, la postura que tiene su cuerpo para investigar. Esta actitud está atravesada por una disposición para el asombro, la creatividad que éste desea transmitir.

Podemos decir entonces, que la etnografía tiene dos posibles dimensiones: una orientada a la metodológica y otra al método (orientación analítica). En la primera, la etnografía retomando a Galindo (1997, pp.184-185) es “un conjunto de técnicas de registro de información sobre la vida social. Este conjunto de técnicas se enlazan en un tronco teórico-descriptivo que va ordenando la composición del mundo social en categorías. ?...? La etnografía es una guía del trabajo de campo, de registro y análisis de la información sobre la organización de la composición social”. Es un proceso recursivo, no lineal y multicausal, pues

a la vez que se observa y explora se construyen categorías de análisis que llevan a conjeturas parciales sometidas posteriormente a un nuevo análisis a partir de nuevas observaciones (acción-reflexión-acción). Perspectiva de primer orden.

Desde otra perspectiva, como método, la etnografía implica la dimensión del sujeto como un observador. En este sentido lo que se pretende realizar desde una investigación etnográfica de orientación analítica, es la transmisión de una actitud investigativa por parte del investigador hacia el sujeto - objeto de la misma.

4.3 Delimitando la etnografía visual

La parte medular fue el trabajo interpretativo en el que se recurrió al análisis de lo recabado, bajo la mirada de los conceptos básicos ya abordados, con la finalidad de poder entender el proceso de construcción social del espacio en su dimensión identitaria, la tarea analítica sobre la *fotografía* resultan de total importancia cuando vemos la necesidad de integrar aspectos objetivos y subjetivos. Para el científico social estos recursos le implica un desafío adicional: Como es el de desarrollar capacidades técnicas y hacer un ejercicio continuo que transite de la observación a la creación, esto último le puede permitir crear imágenes nítidas y elocuentes. Pero el contenido de las imágenes no está solo dado por lo anterior, también requiere del conocimiento amplio y profundo de los motivos que hay que registrar así como el conocimiento amplio del contexto a recabar, requiere de la ubicación de las técnicas como una forma de registro de la realidad, que luego se debe interpretar. La fotografía es la combinación de un arte y una técnica en la que se integran elementos técnicos, intuitivos, conceptuales, creativos, para producir imágenes. Esta producción puede tener

múltiples propósitos, en este caso, se busca registrar la realidad social estudiada. Estas técnicas pueden ser consideradas como la mediación entre el sujeto que estudia (el sociólogo) y el objeto estudiado (la identidad socio-espacial), en ese sentido es una mediación que facilita la comunicación.

Entonces, la fotografía se constituye en vínculo mediante el cual el investigador se relaciona con un objeto de estudio y en el vehículo para la construcción de discurso. Este tipo de técnicas de etnografía visual buscan enriquecer la etnografía tradicional.

El registro debe ser un acto consciente, materializado en la toma, y entendida ésta como una dualidad técnico-conceptual es decir, debe existir un seguimiento estructural de registro, un orden de seguimiento. Tomas de carácter sintético: Tomas de ubicación o contexto. Toma abierta o long shot: La cámara está abierta o al menos mantiene un mismo encuadre, y se deben definir lapsos entre toma y toma, no definidos por intervalos de tiempo sino por el transcurso de los acontecimientos. El contenido de este registro lo determinan los acontecimientos que ocurren. Registro de seguimiento: el elemento característico es la toma-secuencia definida por el seguimiento de los actores sociales, los actores son el tema de la secuencia, lo importante es el registro de momentos significativos en las actividades de los actores en el contexto definido, registro de continuidad, es el registro de procesos, la secuencia muestra sucesiones significativas. La suma de imágenes encadenadas por sucesiones dan sentido al discurso visual de la secuencia. Entre estas imágenes se establecen particulares relaciones de simbolismo. Registro de acercamiento,

se utiliza para registrar detalles de sujetos u objetos, el sentido de la toma es la búsqueda de aspectos significativos, en el contexto de un tema establecido. Una de las principales características epistemológicas de estas técnicas es que constituyen fragmentos espaciales y temporales de la realidad. En este sentido –epistemológicamente- se pueden considerar a la fotografía como mediación entre el observador y la realidad:

La técnica puede ser una mediación adicional: Cuando el sujeto (investigador) establece una relación empírica con la realidad mediante la imagen

La técnica puede ser una mediación sustituto: Cuando el sujeto (investigador) carece de la experiencia directa y conoce la realidad únicamente mediante esa imagen.

También se puede considerar que la técnica es un acto total o un momento denso en el cual interactúan el sujeto (investigador) y el objeto de estudio. Este momento denso “instantáneo” sintetiza percepciones, conocimientos y sentidos del sujeto investigador y del objeto estudiado. La toma de registro como “un acto fotográfico o videoral denso que integra percepciones, conocimientos (de sentido común y especializados), sensaciones, estereotipos, prejuicios, etc. un encuadre (selección del fragmento de realidad) define conocimiento, búsqueda y sentido de realidad. Ángulo de toma habla del punto de vista elegido, de lo que se desea mostrar y cómo se lo quiere mostrar. Las técnicas retienen el tiempo, recuerdan los olvidos, la presencia, la permanencia (le dan continuidad), el recuerdo (establece lo emotivo) y la memoria (al acompañar

con fechas y acontecimientos), Para el investigador, la cámara amplía la capacidad de observación y condensa acontecimientos en el tiempo y el espacio.

Luego entonces:

- La fotografía puede resultar de interés cuando vemos la necesidad de integrar aspectos objetivos y subjetivos.
- Para el científico social la fotografía le implica un desafío adicional: Como es el de desarrollar capacidades técnicas y hacer un ejercicio continuo que transite de la observación a la creación
- Esto último le puede permitir crear imágenes nítidas y elocuentes
- Pero el contenido de las imágenes no está solo dado por lo anterior, también requiere del conocimiento amplio y profundo de los motivos que hay que fotografiar así como el conocimiento amplio del contexto a fotografiar.
- También requiere de la ubicación de la fotografía como una forma de registro de la realidad, que luego se debe interpretar
- Entre la mirada del fotógrafo y la del científico social existen diferencias, pero también semejanzas
- Un elemento común a ambos puede ser la “búsqueda del otro” “de lo distinto”
- La principal diferencia está en el contenido de esta búsqueda:
 - El fotógrafo busca aspectos estéticos, humanos, de comunicación,...

- El científico social se ubica en el “hombre y su cultura a través del espacio y el tiempo”.
- La búsqueda en este caso en la fotografía se orienta a “la relación espacio/sociedad”
- Para el fotógrafo la producción de imágenes puede ser un fin en sí mismo.
- Para el científico social es un instrumento para conocer y que requiere de la interpretación
- Existe un género llamado “fotografía antropológica”. Nos podemos preguntar si existe un género que pueda llamarse “fotografía geográfica”
- La fotografía es la combinación de un arte y una técnica en la que el fotógrafo integra elementos técnicos, intuitivos, conceptuales, creativos, para producir imágenes. Esta producción puede tener múltiples propósitos
- La producción de la fotografía requiere tanto del conocimiento y aplicación de la técnica, como del lenguaje fotográfico
- La fotografía se caracteriza (a diferencia de otros medios iconográficos) por la exactitud de su transcripción y la claridad de la definición. La imagen fotográfica se alcanza por medio de un procedimiento rápido

Roland Barthes ha dicho, aunque la imagen no es lo real, es su análogo perfecto: Cualidad analógica. Siendo así la fotografía muestra un fragmento de realidad, don de la delimitación de esa realidad fragmentada depende del campo visual de la cámara, de quien elige el tema, es decir el fotógrafo tiene un propósito, y

éste define el contenido de la toma. Para el científico social, la fotografía es útil solo si muestra algo de su objeto de estudio, en este sentido busca “retratar las sociedades”. La fotografía es una representación de la realidad estudiada donde la vieja polémica de la relación sujeto-objeto adquiere nuevos matices pues fotografía puede ser considerada como ya lo mencionamos antes, la mediación entre el sujeto que estudia y el objeto estudiado. La fotografía tiene un carácter más universal que otros medios, aunque igualmente siempre se requieren innumerables elementos culturales para interpretar una fotografía. La fotografía es una técnica de registro visual, por eso hay una antropología visual. Entonces, la fotografía se constituye en vínculo mediante el cual el antropólogo se relaciona con una cultura y en el vehículo para la construcción de discurso antropológico. La etnografía visual busca enriquecer la etnografía tradicional. Las unidades fotográficas se llaman “fotogramas”, y son la unidad básica de registro. Las secuencias lógicas de fotogramas son “fotosecuencias”. Los textos tienen que acompañar a las fotografías. También hay que considerar que una fotografía puede adquirir valor antropológico, aunque se haya producido fuera del contexto antropológico. El registro visual no puede mostrar abstracciones, éstas pueden agregarse solo a través de la palabra. La imagen puede enriquecerse con una imagen detallada. El texto puede complementarse con una imagen. El registro debe ser un acto consciente, materializado en la toma, y entendida ésta como una dualidad técnico-conceptual (ejemplo, nota al pie de las páginas 41 y 42 sobre la filmación de 11 horas en las que se registró el ciclo migratorio completo de los esquimales en diferentes campamentos, la filmación

se hizo a lo largo de 13 meses. Se registraron los temas que teóricamente se consideraban centrales: la subsistencia, la familia, el ocio, el liderazgo)

4.4 La fotografía como acto denso

La fotografía antropológica es un modo material de conocimiento que se integra a la investigación como técnica auxiliar útil para la descripción, clasificación, análisis e interpretación antropológica. Las formas de integrarla en la investigación dependerán de los objetos de estudio, de los diseños de investigación. Una de las principales características epistemológicas de la fotografía es que esta sólo constituye un fragmento espacial y temporal de la realidad. En este sentido –epistemológicamente- se puede considerar a la fotografía como mediación entre el observador y la realidad:

o La fotografía puede ser una mediación adicional: Cuando el sujeto (investigador) establece una relación empírica con la realidad mediante la imagen

o La fotografía puede ser una mediación sustituto: Cuando el sujeto (investigador) carece de la experiencia directa y conoce la realidad únicamente mediante esa imagen.

La otra posibilidad es considerar a la fotografía como en una relación observador-imagen. Aquí puede tomar tres sentidos básicos: Considerar los elementos explícitos, lo que sería una lectura “denotativa”, Interpretar el contenido, a partir de elementos implícitos, es decir, “connotativa” y el sentido de su estructura: el lenguaje de la imagen, la estructura sintáctica definida por aspectos como: iluminación, exposición, trucaje, encuadre, composición. También se puede considerar que la fotografía es un acto total o un momento

denso en el cual interactúan el sujeto (investigador) y el objeto de estudio. Este momento denso “instantáneo” sintetiza percepciones, conocimientos y sentidos del sujeto investigador y del objeto estudiado.

Sujetos como estamos al dominio de la imagosfera o entorno visual de la actual ciber-cultura globalizada, parece indudable el interés del estudio de las imágenes que lo configuran a partir de un instrumental analítico pluridisciplinar. Aquí nos limitamos a esos productos culturales icónicos no temporalizados que son las fotografías (en sus diversos soportes materiales), abordándolas desde el ámbito de la antropología visual.

Tanto las fotos obtenidas en investigaciones etnográficas como las procedentes de cualquier autoría para usos diversos, pueden aportar valiosas informaciones culturales, siempre que se las sepa interrogar adecuadamente.

A manera de conclusión

La dimensión urbana en la actualidad se desenvuelve en un punto culminante de la modernidad actual, la vida cotidiana de los individuos transcurre en el ámbito urbano a través de relaciones intensas entre las redes tecnológicas de comunicación, entre grupos e individuos de determinada posición social y de diferenciada procedencia étnica que confluyen en las grandes urbes, que de alguna manera enfatizan la posición de Néstor García¹ en el sentido de que las relaciones entre los individuos en el ámbito urbano de nuestras ciudades centrales y periféricas, trastocan marcas distintivas de un hibridismo cultural dentro del espacio social “posmoderno” urbano. Más sin embargo, todo desarrollo de interacción social de la población urbana, ocupa un espacio físico y hasta imaginario; un espacio donde las relaciones pueden ser visuales,

¹ García Canclini, 1999, 87
Universidad Autónoma Metropolitana

aurales, táctiles, olfatorias y simbólicas, donde el espacio y el tiempo dan cuenta de las relaciones espaciales, los cuales expresan de alguna manera el orden en que se presentan los acontecimientos significativos de estas relaciones; así entonces, "cualquiera que sea el proceso [entre los individuos u objetos] que tenga lugar, éste se realiza siempre en el tiempo y en el espacio." Así, si en el mundo lo que existe como materia está en continuo movimiento, entonces la dinámica de las relaciones sociales entre los individuos, se mueven igualmente a través del espacio y el tiempo, donde las ciudades proyectan estas relaciones que les subyacen a través de sus espacios. Así, podemos entender que la ciencia social tiene por objeto de estudio las variadas relaciones existentes entre el hombre, el ambiente físico y sociocultural. Esto quiere decir que de alguna manera la concepción del ambiente -donde encuadra la noción de espacio- no es algo que inquiete tan recientemente a la ciencia social; ya que, Charles H. Cooley mencionaba que: "el error tradicional, [...], consistía en separar al individuo de su ambiente social y material, y estudiarlo como una unidad aislada. Por otra parte, el error de las ciencias sociales era prestar toda la atención a las instituciones y los procesos sociales, y descuidar las personalidades complejas que realizan la vida social." Entonces, podemos entender cómo es que los estudios han retomado en un conjunto de disciplinas ese ambiente sociocultural en que estamos inmersos los seres humanos. Por consiguiente, el ambiente sociocultural en el ámbito urbano de las ciudades, empieza a construir un proceso particular de articulación de espacios, del tiempo y de las relaciones sociales que se dan en ellos, todo ello procesa una

forma compleja de transformación del espacio físico (e imaginario), para que pueda albergar y articular relaciones sociales de gran diversidad, por la incorporación de población igualmente diversa característica del gran proceso de urbanización. Podemos mencionar que incluso el ambiente sociocultural involucra el trasfondo de las características más destacadas de cada ciudad vía sus espacios, en particular donde existe un proceso de desarrollo y construcción social que trastoca al entorno, modificando las formas de uso y de las costumbres que ahí llevan a cabo sus habitantes, lo que nos arroja una forma específica de zona urbana. Con seguridad, fue una razón como esta que dentro del apogeo de las ciencias humanas aplicadas como la Antropología, Sociología y Psicología Social, entre otras, surgiera la necesidad imperante de estudiar en forma mas detallada, los procesos subyacentes en las relaciones espaciales entre los individuos y su entorno (en particular en su relación con el espacio). Por lo cual, para poder introducirnos con herramientas teóricas a estos procesos, se necesita partir de los principios teóricos que ha construido la Geografía Humana.

La identidad social se relaciona con el espacio, y su ambiente resultante, al vivirlo pragmáticamente y correlacionarlo con; el espacio territorio significado, el tiempo histórico y su intuición mental. Obteniéndose un significado emocional producto de la estimación de la pertenencia a grupos sociales, la permanencia en el espacio-tiempo histórico culturizante y la finalidad de la acción social pragmática. Los individuos socializados viven en un contexto ambiental, donde participa según la realidad que comprende y aprende. Esa realidad está significada por convencionalismos que establecen procesos y

procedimientos rutinarios. En uno o varios de esos procesos y/o procedimientos el individuo socializado es crítico – creativo y apriorístico, y razonando provoca cambios en la realidad evolucionándola; dado lo complejo de la dependencia social en las interrelaciones en la vida práctica, los individuos actúan en varias actividades de manera rutinaria por medio de instrucciones, muchas veces automatizadas, por lo que, se puede definir, que la identidad es de dos tipos: la Inter-social y la intra-personal. El espacio urbano es entonces un medio de culturización al vivirlo pragmáticamente, se convierte en objeto de la significación emocional de los individuos, así como también en un patrimonio cultural monumental. Si es reciclado de tiempos pasados a la actualidad ese medio de aculturación entra en modificaciones y adaptaciones que se van conformado en forma y materia al ser vividos pragmáticamente en el tiempo presente; por lo tanto, la esencia del espacio urbano se modifica a las necesidades temporales del hombre a la misma velocidad que se requiere, el satisfactor espacial – ambiental. De esta manera el espacio es el común denominador de la identidad social para varios sujetos que lo viven y lo identifican como su territorio, como un todo conformado cualificándolo en su conciencia, elevándolo a valores emotivos trascendentales que van a dirigir conceptualmente las acciones a realizar de manera psicomotor en la realidad. La identidad urbana está relacionada con la realidad vivida y en ella se encuentran las esencias de la materia y la forma. Las formas son estimadas en un diálogo con la realidad, al operarse éstas, se puede dar un cumplimiento en el espacio producto de que las actividades puedan ser realizadas satisfactoriamente. Al

lograrse el cumplimiento, en la realidad se estimarán perceptivamente los elementos significantes que integran el espacio urbano. Las significaciones llevan a la conciencia el sentido de cumplimiento significativo, sostenido en lo vivido en la realidad, convirtiéndose en la base de las significaciones. Un espacio lleno de significaciones culturales va a tener una originalidad que le dará especificidad y, en su pleno cumplimiento significativo – operacional, se obtendrá la identidad espacial social.

La identidad social urbana se relaciona con las sociedades y sus formas de vivir, y los espacios toman las características de sus formas para que la población los viva y desee permanecer en ellos y sienta que el espacio les pertenece. Este sentido de pertenencia se obtiene si el espacio contesta a las expectativas de vida de los ciudadanos. En la medida en que estamos hablando de entornos urbanos, los límites geográficos definidos por las personas que se identifican en base a una determinada categoría urbana son un elemento importante en el momento de diferenciarse de otros grupos que ocupan entornos diferentes mientras que, a nivel simbólico, pueden jugar un importante papel en las relaciones que se dan entre los grupos y comunidades² La dimensión territorial de una determinada categoría social urbana resulta un elemento relevante en los procesos de identificación endogrupal y diferenciación con el exogrupo; en definitiva, resulta relevante para la consolidación de la identidad social urbana. Los límites que definen a una categoría urbana pueden responder a una delimitación de orden administrativo o bien de orden social. En el caso de la categoría «barrio», tomado como ejemplo de nuestro análisis, los grupos

² Hunter, 1987, pp.76
Universidad Autónoma Metropolitana

tienden a definir sus propios límites que, en muchos casos, no coinciden totalmente con los administrativos (Wirth, 1945; Marans y Rodgers, 1975). En este sentido, la delimitación territorial resulta una construcción social comunmente elaborada y compartida, fruto en buena parte del sentido de pertenencia de individuos y grupos a lo que consideran "su" barrio³

Aunque los procesos de identificación social en relación con el entorno distan mucho de quedar totalmente comprendidos, la aportación de este trabajo pretende aproximarse al concepto de identidad urbana en su dimensión socio-espacial. Por otra parte necesario para una concepción global del entorno y para comprender los procesos sociales que tienen lugar en nuestras ciudades, fruto de los cuales es la creciente preocupación por el estudio del fenómeno urbano que se está produciendo actualmente. En este sentido, las teorías de la identidad social resultan un punto de partida fundamental a partir del cual interpretar y contextualizar las diversas aportaciones de la Antropología, la Sociología y la Psicología, así como para desarrollar conceptualizaciones teóricas orientadas hacia el estudio de fenómenos sociales concretos que se dan en nuestras ciudades. Así, parece interesante apuntar el potencial explicativo del concepto de identidad social espacial -aunque en el ámbito concreto de nuestro análisis nos hemos referido a identidad social urbana- para el estudio de temas como la incidencia de las "tribus urbanas", los procesos de movilidad social y gentrificación, el impacto social de las transformaciones urbanísticas o las repercusiones sociales de las grandes líneas del planeamiento urbano.

³ Américo, 1990, pp.112

En definitiva, la propuesta de este proyecto se convirtió en un referente de mayor envergadura al objetivarse en los estudios socio-espaciales en torno a la conformación de la identidad, principalmente en el ámbito de la vida en la urbe, con una perspectiva que explora la dimensión subjetiva de esta construcción tan significativa en el proceso, desde la individuación, hasta su colectivización en el espacio construido, vislumbrando así una alternativa a los estudios de Sociología ya conocidos, que versan más sobre muchos otros objetos y hoy día pueden tornan su mirada ha este –desde mi punto de vista- apasionante objeto de estudio.

Bibliografía

- Aguado, José Carlos y Portal, Mariana (1991) "Tiempo, espacio e identidad social", en *Alteridades*, Año 1, No. 2. , México, UAM-I.
- Aguilar, M.A. (1990). La construcción de una psicología urbana. Anuario de Sociología, México.
- Aguilar, Miguel Ángel, Sevilla, Amparo (1996) Estudios recientes sobre cultura urbana en México, México, Plaza y Valdés.
- Alegre i Nadal, Pau (1996), "Los mapas, las fotografías y las imágenes", en: Antonio Moreno Giménez y Ma. Jesús Marrón Gaité (editores), *Enseñar geografía: De la teoría a la práctica*, Editorial Síntesis, Madrid.
- Álvarez Roldán, A. 1994. "La invención del método etnográfico". *Antropología*, 7: 83-100.
- Amérigo, M. (1990). Satisfacción residencial. Una aproximación psicosocial a los estudios de calidad de vida. Madrid: Universidad Complutense.

- Augé, Marc (1993). *Los no lugares. Espacios del anonimato*. Gedisa editorial. Barcelona. 1993.
- Bailly, Antoine (1979), *La percepción del espacio urbano. Métodos de estudio y su utilización en la investigación urbanística*, Editorial IEAL, Madrid.
- Berger, P. y Thomas L. (1991), *La construcción social de la realidad*, Amorrurto, Buenos Aires.
- Betin, Giancarlo (1982), *Los sociólogos de la ciudad*, Gustavo Gili, Barcelona.
- Borja, J., Castells, M. (1998), *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, Madrid, Taurus.
- Bourdieu, Pierre (1991) *El sentido práctico*, Madrid, Taurus.
- Bourdieu, Pierre y Loic Wacquant (1995), *Respuestas. Por una antropología reflexiva*, Grijalbo, México
- Bourdieu, Pierre; Jean-Claude Chamboredon y Jean-Claude Passeron (1975), *El oficio de sociólogo*, Siglo XXI, México
- Canter, David (1978) *Psicología del lugar*, México, Concepto.
- Castells, M. (1988). *La cuestión urbana*. México: Siglo XXI (Edición original en francés 1972).
- Castells, Manuel (1999) *La era de la información*. Vol. II: El poder de la identidad, México, S XXI.
- Da Matta, Roberto (1994) *Casa, rua e outro mundo: o caso do Brasil*, Sao Paulo, Brasiliense.
- Day, R. H.. (1993), *Psicología de la Percepción Humana*. México D. F.: Ed. Limusa-Wiley.
- Delgado, Manuel (1999), *El animal público, Hacia una antropología de los espacios públicos*, Editorial Anagrama, Barcelona.
- Díaz, Rodrigo (1993) "Experiencias de la identidad" en Revista Internacional de Filosofía Política, No.2, Madrid, UNED/UAM-I.
- Duhau, Emilio (1998) *Hábitat popular y política urbana*, UAM-A/Porrúa, México
- Elias, Nolbert (2000) *La Sociedad de los individuos*, Editorial Península, Barcelona.
- Fernández Pico. (1978) "La conciencia territorial en el medio urbano" en Randle. (Editor) *La conciencia Territorial*. Buenos Aires. OIKOS.
- Finnegan, Ruth (1998). *Tales of the city. A study of narrative and urban life*, Cambridge, Cambridge University Press.
- García Ballesteros, Aurora (1986), (coord.), *El uso del espacio en la vida cotidiana*, Seminario de Estudios de la Mujer, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.

- García Canclini, Néstor (1995) *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, México, Grijalbo.
- García Canclini, Néstor (1997) *Culturas urbanas de fin de siglo: la mirada antropológica*, en Revista Internacional de Ciencias Sociales, UNESCO, No. 153.
- García Canclini, Néstor. (1997) *Imaginario urbano*. EUDEBA. Buenos Aires.
- Geertz, Clifford (1990) *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa.
- Gergen, Kenneth, (1992) *El yo saturado. Dilemas de la identidad en el mundo contemporáneo*, Barcelona, Paidós.
- Giddens, Anthony (1990) *The consequences of modernity*, Stanford, Stanford University Press.
- Giménez, Gilberto "Territorio, cultura e identidades. La región sociocultural" (2000), en Rosales, Rocío (Coord.) *Globalización y regiones en México*, México,
- Goffman, Erving (1989) *The presentation of self in everyday life*, Middlesex, Penguin.
- Goffman, Irving (1979), *Relaciones en público. Macroestudio del orden público*, Editorial Alianza, Madrid.
- Hernández Espejo, Octavio (1998), "La fotografía como técnica de registro etnográfico", en: *Cuicuilco*, volumen 5, número 13, mayo/agosto.
- Hiernaux, Daniel (2005), "¿Identidades móviles o movilidad sin identidad? El individuo moderno en transformación" en revista de Geografía Norte Grande, N° 34, Pontificia Universidad Autónoma de Chile, ISSN 0379-8682
- Lazarsfeld, Paul (1973), "De los conceptos a los índices empíricos" en: Boudon, Raymond y Paul Lazarsfeld: *Metodología de las ciencias sociales*, vol. I, Ed. LAIA, Barcelona.
- Licona, Ernesto (2000), "El dibujo, la calle y construcción imaginaria", *Ciudades*, no.46, abril-junio, RNIU, Puebla, México.
- Lindón, Alicia (2005), "Geografías de la vida cotidiana" en Hiernaux y Lindón (dir.), *Tratado de geografía humana*, Iztapalapa: Universidad Autónoma Metropolitana.
- MacFarlane, A 2005. *53 minute video on doing fieldwork*. Digital Himalaya, en Dspace, Cambridge.

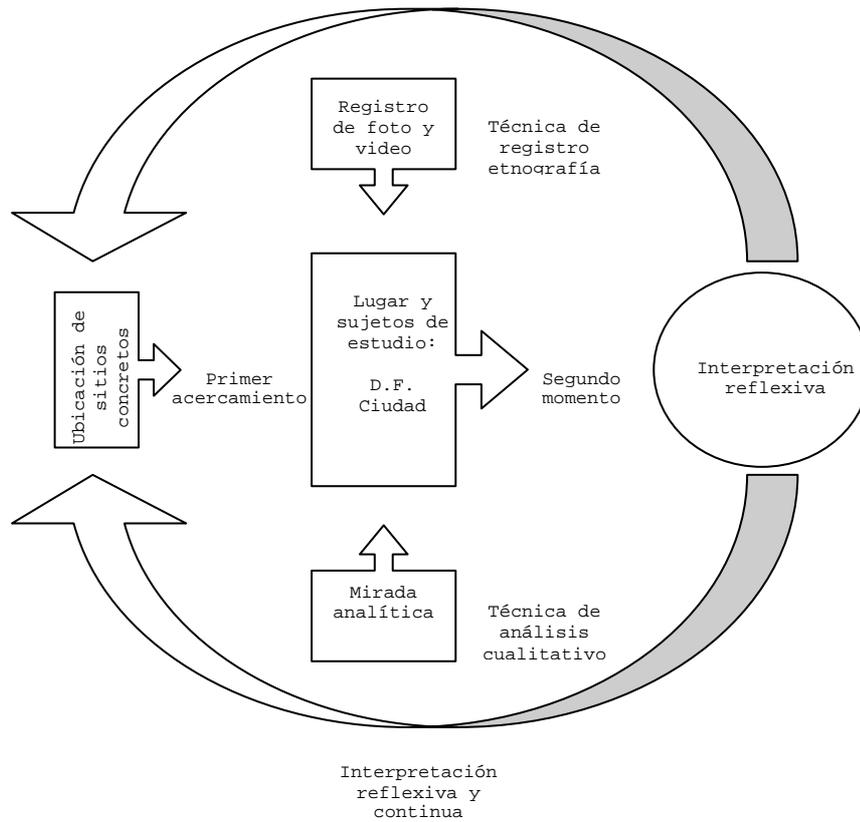
- MacFarlane, A 2005. *Reflections on fieldwork among the Gurungs of Nepal*. Digital Himalaya, en Dspace, Cambridge.
- MacFarlane, A 2005. *Reflections on using film in fieldwork*. Digital Himalaya, en Dspace, Cambridge.
- Matlin, Margaret W. y FOLEY, Hugh J.(1996), *Sensación y Percepción*. México D. F.: Prentice Hall.
- Monnet, Nadja (2002), *La formación del espacio público. Una mirada etnológica sobre el Casc Antic de Barcelona*, Editorial Catarata, Barcelona.
- Reguillo, Rossana (1998), "De la pasión metodológica o la (paradójica) posibilidad de la investigación", en: Mejía Arauz, Rebeca y Sergio Antonio Sandoval (1998), (coords.), *Tras las vetas de la investigación cualitativa, Perspectivas y acercamientos desde la práctica*, ITESO, México.
- Rojas, Marcos (1992), *La ciudad y sus desafíos*, Editorial Espasa Calpe, Grupo Editorial Planeta de México. México, D.F.
- Ruiz Olabuénaga, José Ignacio (1996), *Metodología de la investigación cualitativa*, Universidad de Deusto, Bilbao.
- Santos, Milton (1995). *De la totalidad al lugar*. OIKOS TAU. Barcelona.
- Schutz, A. (1974), *El problema de la realidad social*, Amorrurtu, Buenos Aires.
- SONTAG, S. (1989): *Sobre la fotografía*. Editorial Edhasa. Barcelona.
- UNAM/Porrúa.
- Wolf, Mauro (1988), *Sociologías de la vida cotidiana*, colección Teorema, Ediciones Cátedra, Madrid.

Anexos

Esquema operacional

Objetivos	Dimensión	subdimensión	Ejes de interpretación
<ul style="list-style-type: none"> Identificar los procesos teórico-conceptuales de construcción y de significación del espacio involucrados en la dimensión social de la urbe 	Socio-espacialidad	Delimitación y contexto del concepto espacio Construcciones metodológicas de abordaje del concepto Sentido de lugar Apropiación del espacio Sentido de pertenencia	Interpretación y significación a través de la medición cualitativa realizada desde una etnografía visual Reconocimiento de:
<ul style="list-style-type: none"> Denotar las prácticas socio-espaciales que implica el sentido de pertenencia: socialización e interacción, organización, apropiación, sentido de lugar, etc. En la conformación de la identidad urbana 	Identidad- Identidad social- Identidad Urbana	Identificaciones sociales, culturales, psicológicas, antropológicas geográficas, etc. de aproximación Visión multidisciplinar	estereotipos prejuicios la memoria presencia permanencia continuidad lo emotivo sentido de realidad secuencia simbolismo sucesiones significativas etc. <i>(análisis fotográfico Interpretado)</i>

Diagrama de movimientos



Análisis Visual *La urbe socio-espacial*

En este apartado se refleja de manera directa sólo algunos ejemplos del trabajo teórico-metodológico en torno al medio visual que nos permite acercarnos a nuestro objeto de estudio, la dimensión socio-espacial de las identidades urbanas

NOTA: Junto a este trabajo se encuentra en un cd la versión digital del presente documento en versión pdf y una presentación audiovisual de la etnografía



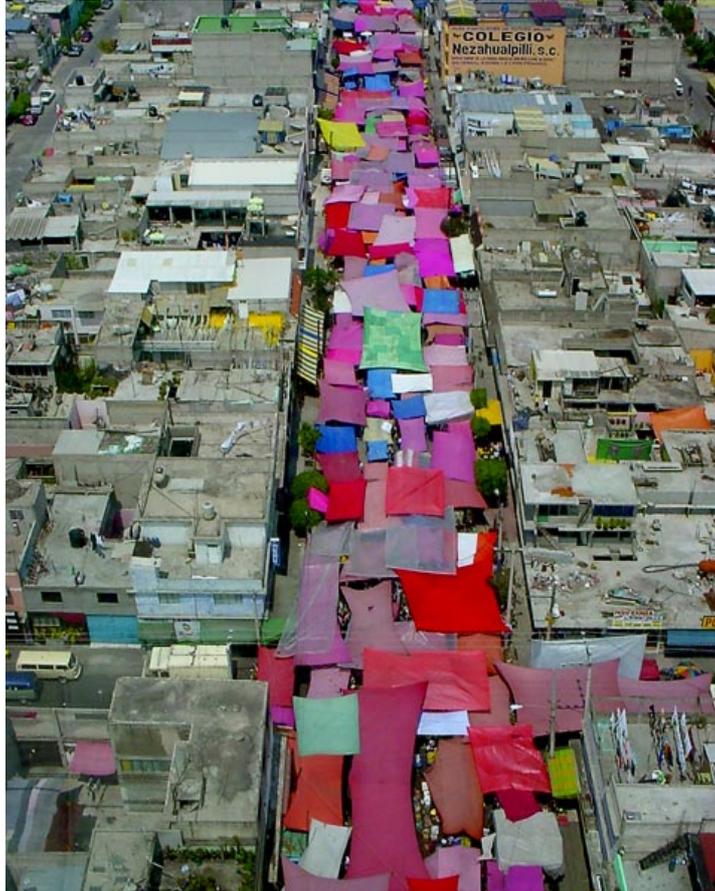
El Escenario

La percepción de la ciudad en primera instancia, no es una percepción optimista. Ante todo lo que resalta es la contaminación creciente que invade a la ciudad en lo visual, los ruidos, el aire, en general todo el medioambiente urbano, una ciudad contaminada. La ciudad también es percibida como lugar de grandes conglomerados humanos y vehiculares, poblada de edificaciones y comercios, se percibe como el lugar de lo mucho (gente, vehículos, edificaciones). Un aspecto que destacan como típico de la ciudad es el tráfico y la congestión, una percepción similar que señala a lo urbano como de identidades múltiples.

Es el ciudadano que hace uso a pie de las vías y plazas para su desplazamiento cotidiano u ocasional, diferenciándolo del vendedor ambulante o estacionario o del indigente estacionario. La ciudad es vista por sus habitantes representados en los peatones como un cúmulo de oportunidades y posibilidades de "crecer". Hay una variedad de percepciones que van desde: es una ciudad acogedora, hermosa, limpia, y segura, hasta que es la locura y el caos total, mal genio, fea, anárquica. Se destacan dentro de los imaginarios la idea de la ciudad convertida en persona



Es el vendedor cuyas actividades comerciales toman lugar en el espacio público, usualmente en las calles de grandes centros urbanos. Una de sus características es la movilidad física y la ausencia de licencias formales o aprobación legal para el uso del espacio. La venta informal de la calle la constituyen pequeños negocios de bajo capital, en donde se venden mercancías baratas y/o servicios. Su clientela la constituye la clase trabajadora en su mayoría y alguna población de clase media. Son los más territoriales. Para ellos, la calle, la plaza es su casa, o su segundo hogar.





Estudiantes

Es una etapa de la vida para la mayoría de los ciudadanos. Los escolares representan la más temprana; toman la ciudad como dada, sin haber percibido los cambios grandes e intensos que ha tenido. Pero su frescura en la percepción y el ser los habitantes de la futura ciudad los hace el sector más importante. Los universitarios, por su mayor experiencia emplean mayor simbolismo y ya han desarrollado o profundizado la territorialización.

Conductor de transporte público

Es la persona que deriva de la acción de conducir un vehículo, su fuente de trabajo, subsistencia y cuya actividad dedica la mayor parte de su tiempo y en torno a la cual construye su mundo de saberes que le permiten "enfrentarse" a objetos, conceptos y situaciones.



Imaginario de la ciudad



Una y otra vez, las imágenes de los cuerpos en movimiento, como soplidos, inhaprensibles, en ocasiones recurriendo a ángulos cerrados en el caminar de los transeúntes, medios cuerpos, cabezas en movimiento. ¿Qué es lo que persiguen estas imágenes? Fundamentalmente, sumar al telespectador a la vorágine del tránsito y el anonimato. En ese proceso del no reconocer a nadie, el individuo telespectador se representa en la multitud, como un "uno que es todos", expresión del todo social, que sin embargo lo anula como "actor social", distante e incluido a la vez, en una sola identidad, la del tránsito.



La imagen etnográfica hace el intento de expresar la percepción del sujeto como un productor de identidad en el espacio. La etnografía en ese sentido, se propone aquí como una técnica para profundizar en el conocimiento de las relaciones y recoger los significados que se adscriben a esas relaciones, de acuerdo a la construcción identitaria de los distintos sujetos.



Casa abierta al tiempo

Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa

División de Ciencias Sociales y Humanidades

Departamento de Sociología

**La dimensión socio-espacial de las identidades urbanas.
Aproximación cualitativa desde una etnografía visual**

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
LICENCIADO EN SOCIOLOGÍA
P R E S E N T A :
RAÚL ROMERO RUÍZ

Dr. Ángel F. Nebbia Diesing
Tutor de tesis



Ciudad de México
Diciembre 2006